

# La Ilustración Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1904

NÚM. 1.199



## EL ÁRBOL DE NAVIDAD

Al acebo de ramas verdeantes,  
de que penden, cual bayas variopintas,  
golosinas, juguetes, luces, cintas,  
¡llegad, llegad, oh amantes!  
Allí el Amor ofrece  
á cada cual el premio que apetece:  
al amador trompero,  
muñecos de aserrín que á quien los toca  
murmuran: «Tantas veo, tantas quiero;»  
al que es apasionado, irreflexivo,  
bombones de crocante que, en la boca  
disueitos, son de acibarado dejo;  
al fácil, en pequeño, un *tío vivo*;  
de bruñido metal veraz espejo  
al que de sí se precia ó se enamora;  
al amador porfiado,  
relojes que sin cuerda dan la hora;  
un corazón tallado  
en diamante durísimo al entero;  
joyel de oro al sincero.  
Y pues que Amor ofrece  
á cada cual el premio que apetece,  
al acebo de ramas verdeantes  
¡llegad, llegad, oh amantes!

L. C. VIADA Y LLUCH



**Texto.**—*El árbol de Navidad*, por L. C. Viada y Lluch. — *Anaor, primer filósofo*, por J. Sánchez Gerona. — *La misa del gallo*, por Alfonso Pérez Nieva. — *El escultor argentino Arturo Dresco*. — *Visiones de Nochebuena*, por Pablo Bourget. — *La huida á Egipto, cuadro de José Cusachs*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La dicha de Flo*, cuento ilustrado (conclusión). — *En donde se oculta la muerte*. *Alimentos que constituyen un peligro para la existencia humana*, por Lewis Perry. — *Un aerolito de 37.000 kilogramos*. — *La previsión del tiempo y la telegrafía sin hilos*. — *Nuevo procedimiento para levantar planchas de acero*. — Libros recibidos.

**Grabados.**—*El árbol de Navidad*. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *La misa del gallo*. — *Tristes recuerdos*, fotografía de R. Dührkoop. — *La calle de las Pasiones*, cuadro de Ignacio Zuloaga. — *Retrato del escultor Arturo Dresco* y ocho esculturas originales suyas. — *La huida á Egipto*, cuadro de José Cusachs. — *Guerra ruso-japonesa*. *Cambio de los centinelas japoneses en los fosos abiertos en el campamento*. — *Cañones japoneses capturados por los rusos en la colina Pontiloff*. — *Capilla de campaña instalada en un campamento ruso cerca de Mukden*. — *Paso de un río por varias fuerzas rusas entre Liao-Yang y Mukden*. — *Entierro de dos oficiales rusos*. — *Monumento á Gavarni*, obra de Dionisio Puech y Enrique Guillaume. — *Dr. José Pardo*, nuevo presidente del Perú. — *Aparato para secar la madera por la sacarina*. — *Reproducciones de alimentos que constituyen un peligro para la existencia humana*. — *Un aerolito de 37.000 kilogramos de peso*. — *Nuevo procedimiento para levantar grandes planchas de acero*. — *La célebre estatua El Pensador*, de Rodin.

### ANAOR, PRIMER FILÓSOFO

Los más doctos ancianos habían dicho así:  
«Hay nubes excelsas y nubes próximas.

»Las excelsas corren por encima de la luna; las próximas le son inferiores y ocultan su brillo.

»Las primeras son livianas y blanquecinas; el viento las zarandea y las arrastra fácilmente. Las últimas son espesas, de color más obscuro, y algunas de ellas suelen quedar por debajo de las cúspides de la sierra enredadas entre los picachos ó adormidas en las barrancas.»

En estas frases tradicionales de los ancianos, fundaron el proyecto grandioso los hombres que tenían sus viviendas en las oquedades de la montaña.

Colocando piedras sobre piedras en la cumbre, podría subirse á una altura suficiente, no ya para sobrepasar las más altas de las nubes próximas, sino para tocar en las excelsas, puesto que la distancia entre unas y otras no debía ser exageradamente grande.

Y si esto era como suponían, no resultaba empresa loca la de apoderarse de aquel disco brillante que tantas noches atravesaba el cielo alumbrando las llanuras extendidas á ambos lados de la cadena montuosa.

Detenida la antorcha purísima, verían los moradores de las cavernas aclaradas sin intermitencias sus noches y podrían ejecutar muchas de las faenas campestres sin que les abrasara el alumbrador del día.

Los hombres de las dos vertientes habíanse acordado para trabajar de consuno y aprovechar todos los beneficios que esperaban obtener.

Desde el lomo de la sierra, el lumínar nocturno combatiría las sombras de las dos planicies.

Y pusieron con ardor á amontonar grandes rocas que trabajosamente arrastraban centenares de brazos musculosos.

Anaor, un anciano encanecido en la meditación y en el estudio de las rarezas naturales, miraba con pena el enorme esfuerzo que realizaban sus hermanos. Temía la ineficacia de su tarea, pero no quiso desanimarles sin estar antes seguro de la verdad de sus presentimientos.

Retiróse con Ismail y Japhat, sus discípulos más amados, á una gruta, cuyo emplazamiento de él solo era conocido, y en ella permanecieron los tres durante muchos días, saliendo á veces, para hacer prolongados paseos en parajes desiertos, donde ejecutaban misteriosas manipulaciones, sin duda para comprobar ideas que, por medio de signos, transcribía de antemano Anaor en las paredes de su habitáculo.

Cuando hubo el viejo concluido sus estudios, mandó á Ismail y á Japhat que construyeran dos ánforas de igual cabida, horadadas en su base de manera que pudiese escapar en sutilísimo chorro el agua de que se iban á llenar.

En noche de clara luna salieron de la cueva, llevando cada discípulo una de las vasijas á más de un bastón luengo como de diez palmos, de que el filósofo les había provisto.

Así que llegaron á una espaciosa meseta, después de haber llenado los recipientes en el manantial que

de entre unas peñas brotaba, colocaron uno de ellos sobre guijas, de modo que pudiese correr libremente el líquido cuando el desagüe del fondo se abriera.

Inmediato á la fuente veíase el suelo limpio y nivelado en una extensión como de treinta pies en redondo, dispuesto por Anaor y sus discípulos para establecer uno de los puntos de observación.

El sabio ordenó á Ismail que en el centro de este lugar allanado clavara á plomo uno de los bastones, hasta la señal que ambos, á igual distancia del cuento, tenían hecha.

Ejecutada esta disposición, dijo á Ismail el anciano:

—Tú has de permanecer aquí y Japhat vendrá conmigo conduciendo la otra vasija de agua. Antes de partir destaparemos á la vez los orificios de ambos receptáculos. Como la capacidad y salida en los dos son idénticas, el tiempo que empleen para quedar vacíos será el mismo, y así, el instante en que esto suceda, nos servirá de guía para ejecutar simultáneamente nuestras respectivas operaciones. La que tú has de cumplir se reduce á marcar en el suelo con toda precisión la sombra que en tal momento haga el vástago.

Abiertos que fueron los agujerillos de las ánforas, según la indicación hecha por Anaor, alejóse éste rápidamente, seguido de Japhat, que conducía á la espalda aquel primer artificio que para medir el tiempo se constituía en el mundo.

Mediaba ya el agua la clepsidra, á pesar de la lentitud con que el minúsculo taladro la dejaba salir, y aún no habían ganado el término de la meseta, tanta era su extensión.

Mudos y absortos atravesaban el descampado, perdidos en la majestuosa soledad de aquella noche de la salvaje primavera del mundo.

Sentíase el intenso hervor de la Naturaleza, joven y violenta, preñada de humanidades, saturada de ricos gérmenes que se estremecían en su entraña fecunda.

La brisa cantaba con agudas modulaciones en las aristas de las rocas, aún no suavizadas por las lluvias de centenares de siglos; los árboles, que habían estrenado el suelo, balanceaban sus copas á alturas inverosímiles ó se inclinaban sobre abismos vertiginosos, no cegados todavía por el aluvión, y el río bramaba atronador y espumajante en la cañada, acomodándose en su cauce definitivo.

Y el rugir de la corriente acompañaba el rugir de las fieras, que se acariciaban ó se herían en el riñón de bosques sin límites.

Al fin Anaor y Japhat llegaron á un lugar dispuesto como el que antes habían visitado.

Apresuradamente, porque restaba poco líquido en el ánfora, clavaron en tierra el segundo bastón y cuando concluyeron de hacerlo, concluyó también de salir agua de la vasija.

Anaor, valiéndose de una delgada trenza de fibras vegetales que Japhat mantuvo sujeta por una punta al pie de la varilla, trazó en la tierra un arco cuyos extremos tocaban uno en la línea de sombra que aquél proyectaba y otro en una recta que partía también del pie del vástago y que fué marcada durante el día, señalando la dirección exacta del bastón junto al que permaneciera el primer discípulo.

Después midió con una cuerdecilla la abertura del ángulo que formaban las dos rectas, y emprendieron el regreso, llegando al lugar de partida cuando comenzaba á alborazar.

Ismail seguía firme en su puesto aguardando la vuelta del filósofo y de su acompañante.

Cortando la línea que unía los dos puntos de observación, trazada allí también la víspera, veíase la raya con que Ismail había fijado la dirección de la sombra en el momento convenido.

El viejo, emocionado y tembloroso, examinó de un golpe de vista el ángulo compuesto por esta recta y la primera prolongada.

Parecióle que era igual su abertura á la del obtenido en el otro extremo de la meseta: de ser así, las sombras en ambos puntos tenían la misma posición, y de la inapreciable divergencia de los rayos lumínicos, deducíase que la distancia entre el foco de ellos y su pobre montaña podíase contar como infinita. Todo empeño por llegar á aquel foco era vano.

Por último, venciendo su agitación, midió el ángulo...

Anaor, que había puesto una rodilla en tierra para operar, inclinóse con desaliento, ocultando el rostro entre las manos rugosas y huesudas. Sus temores se habían confirmado.

Los discípulos contemplaban angustiosamente al querido maestro, sin atreverse á sacarle de su posturación.

El cielo, en tanto, se teñía de tonos róseos á medida que se aclaraba por Levante. Habíase echado el

viento, y ya no cantaba en las aristas de los peñascos; las fieras reposaban después de sus caricias y de sus combates, y su áspero bramar ya no atronaba el interior sonoro de las selvas sin límites. Solamente era roto el silencio gigantesco de la Naturaleza por el rumor lejano del río que, mugiendo allá en la cañada, seguía acomodándose tumultuosamente en su cauce definitivo.

Al cabo de algún tiempo levantóse Anaor, y seguido por los dos jóvenes, se encaminó á la parte de la sierra en que se hallaba el núcleo de las habitaciones de sus hermanos.

Sentíase entristecido al volver á éstos por la decepción dolorosa que iba á proporcionarles demostrando la inutilidad de su tentativa, y sólo dulcificaba su pesadumbre pensando en los beneficios que les reportarían los descubrimientos incidentales resultados de sus estudios: la manera de medir el tiempo y las extrañas propiedades de algunas líneas.

Después de caminar largo rato por un desfiladero, desembocaron en la llanura que servía de estribación al monte de las cavernas.

El espectáculo que se presentó á la vista de los viajeros era tan inesperado, tan singular, que por un momento el asombro detuvo sus pies y paralizó sus lenguas.

Sobre la cúspide de la montaña alzabase una mole ingente, de forma simétrica y regular, que el sol en su orto, colocado tras ella, rodeaba de un nimbo triunfante. En el dorado esplendor del cielo destacábase la silueta formicilar de una multitud de seres humanos que se agrupaban en torno de grandes bloques, conduciéndolos lentamente; que pendía en racimos de los flancos de la construcción; que pululaba y bullía á lo largo de la cresta rocosa de la sierra.

Llegados que fueron á la cima, Anaor y sus acompañantes contemplaron con más admiración aún la estructura de la obra que sus hermanos hacían.

La masa de piedra que desde lejos habían visto, era hueca, y en sus paredes interiores, trozos de roca salientes y escalonados permitían subir á todo lo alto de aquéllas hasta pisar en su grueso.

Para facilitar la ascensión de los peñascos y del lodo con que iban rellenando los intersticios, enormes troncos de árboles, cuyas puntas introducíanse en el muro, atravesaban horizontalmente el espacio central, entretejiéndose de modo que dejaran lugar al paso de los materiales.

Y habían ido fabricando en aquella forma, obligados por las dificultades mismas con que desde el comienzo hubieron de tropezar.

Y la inmensa labor habíase llevado á efecto en el espacio que Anaor permaneciera en su retiro.

El anciano comprendió la magnitud del paso que el hombre daba hacia el dominio de la Naturaleza.

Ya no le era preciso á aquél vivir apegado al monte mirando en su seno á la manera de los topos; se esparciría por las inexploradas tierras hasta llegar al confín, adonde se veía que el cielo las cortaba. Podría establecerse en el sitio que le conviniera, puesto que siempre, imitando en pequeño aquella obra, era dueño de construirse una habitación que le librara de los rigores de la intemperie y de los ataques de las fieras.

Y aquel paso memorable quedaba señalado del modo más grandioso con el sorprendente edificio de la montaña.

Alcanzaba ya éste una altura aproximada á la que sumarían veinticinco hombres puestos uno sobre otro, y el entusiasmo de los constructores no decaía.

El docto viejo contemplaba afligido el sudor que la fatiga hacía brotar de sus carnes tostadas, pero guardó su secreto.

Durante mucho tiempo calló. Deseaba que la obra de sus contemporáneos recordara á las generaciones futuras la primera vez que los hombres unían todos sus esfuerzos para un fin común y que este hecho se había cumplido en fuerza de la magnitud de un pensamiento, y como quería también que el símbolo fuese hermoso, calló hasta que la torre, elevándose continuamente, dejó de ser ingrata á la vista por su pesadez y fué grácil.

Entonces avisó á los habitantes de las cavernas para que no prosiguieran en su estéril trabajo.

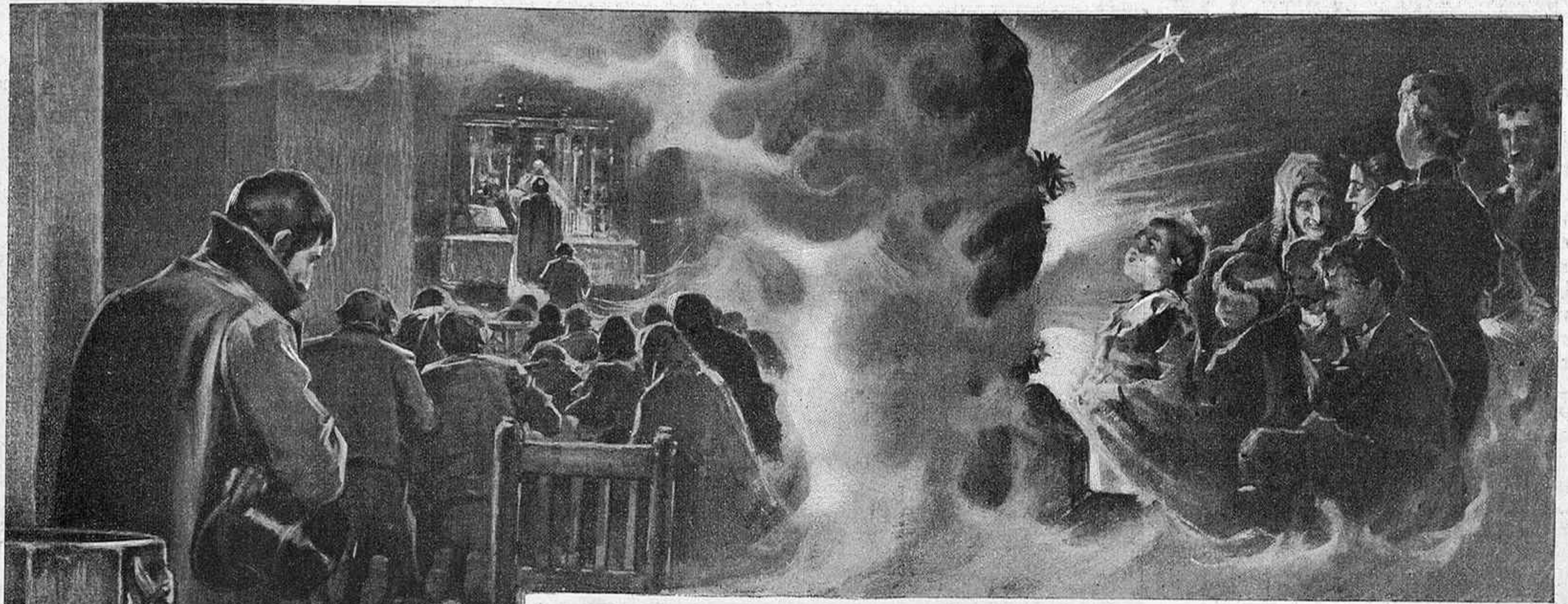
Y les consoló de su decepción descubriéndoles los frutos que, sin esperarlo, había producido el intento de su empresa.

Y les dijo además:

—Aspirad siempre á cosas grandes por inaccesibles ó desatinadas que os parezcan, y si no llegáis á realizar vuestros designios, conseguiréis otros resultados provechosos, que son como la recompensa del alto pensar.

Así aconsejaba Anaor á sus hermanos.

J. SÁNCHEZ GERONA.



El murmullo del cura, el ambiente de recogimiento, la hora solemne, pesan sobre su espíritu

carta en un «secretaire»).—¡Pobre madre! Dios te conserve tu inocencia! Si tú vivieras aquí verías que ese camino recto no conduce á la subsecretaría y que no hay más remedio para llegar á él que echar por los atajos. (Se pone á pasear nerviosamente por la estancia.) ¡Estoy en ascuas! Lulú se ha cansado de mí, y aunque el duque patrocina mi candidatura para la dirección, me temo una derrota. Anoche se le iban los ojos á la duquesa en la ópera detrás de mi contrincante. ¡Y como ella se empeñe! Siempre que yo he subido es porque se ha empeñado en que suba. Somos ya varios los elevados hasta su carro y los atropellados después. ¡Terrible mujer, de hielo y de fuego á la vez, toda apetitos, qué gran papel hubiera hecho en la Roma de la decadencia! Nerón la habría divinizado, componiendo en loor suyo sus mejores estrofas.

II

Se va á celebrar la Nochebuena en casa del duque como cumple á su alta prosapia y á la tradición de sus suntuosas fiestas de Navidad. Todas las habitaciones están abiertas é iluminadas espléndidamente. En el comedor, atestado de plata antigua, un bosque de cristalería sobre la nevada del mantel. En la capilla, de un afectado gótico francés, un macizo de flores en el altar. En el gran salón de recibir, un colosal árbol de Noel cargado de juguetes y rodeado de niños. En el gabinete de confianza, una bombonera de seda malva, esperan la misa del gallo y la cena los íntimos, diez ó doce damas y otros tantos gentlemen, formando grupitos en el que se despelleja á todo el mundo con la lanceta de la sonrisa irónica y despiadada. El duque está de caza, y en un rincón, la duquesa, con su tipo ardiente de criolla y sus ojos descarados de cortesana, habla aparte con Paco Fernández, que procura contener, sin conseguirlo, su indignación.

PACO FERNÁNDEZ (con acento iracundo).—Todo el mundo lo dice y además lo sé de buena tinta. Me quedo sin la dirección de Correos, y me quedo sin ella porque tú has patrocinado á mi contrincante, ese rubio azafranado de Bernar.

DUQUESA (sonriendo con ironía).—No es de buen gusto atacar á los ausentes.

PACO FERNÁNDEZ.—¿Evades la respuesta? ¿Luego es cierto el rumor público de que tiene relaciones contigo? ¿Pero qué clase de mujer eres? No hace ocho días que me jurabas un amor eterno y hoy resulta que no sólo me arrebató ese hombre tu corazón, sino que echa por tierra todos mis proyectos. Necesito aclarar esto de un modo categórico, contestándome si ó no, sin ambages ni rodeos. ¿Es obra tuya su elección? ¿Es verdad que le amas? Porque si es cierto, yo estoy aquí demás.

La duquesa palidece y sus ojos fulgurán. Y antes de contestar aparece en la puerta del gabinete un hombre joven aún, rubio, con monóculo y aire muy británico, que se adelanta saludando con buen gusto y con esa facilidad de la costumbre. Todos suspenden la conversación y le rodean. Voz general en el elemento masculino: «¿Qué hay, Bernar? ¿Es usted director general?»

BERNAR (inclinándose ceremoniosamente).—Vengo de la Presidencia, donde el jefe del gobierno acaba de darme la credencial.

Coro de hurras y enhorabuenas. Un criado entra anunciando que el señor capellán de la casa está ya revestido para la misa del gallo, y la duquesa, que ha recibido con marcado interés al nuevo director, consagrándole sin reparo una mirada elocuente, se levanta con decisión de su confidente modernista.

DUQUESA.—Bernar, el santo sacrificio nos llama. Su brazo. Señores, vamos á la capilla.

Y sin hacer caso de Paco Fernández, que permanece aterrado y pálido en un rincón, rompe la duquesa la marcha con el director novísimo, seguidos de todos los convidados, que afectan no reparar en la desairada situación del derrotado secretario particular.

III

Paco Fernández, con el ruso desabrochado y el sombrero de copa despeinado, va calle arriba á grandes trancos, atravesando por entre los grupos de la plebe, que se cruzan con él atronando con sus panderetazos y sus voces. Es la media noche de la de Navidad, y pretextando una indisposición acaba de retirarse del hotel de la duquesa, sin ser notada su fuga sino de los criados de la puerta.

PACO FERNÁNDEZ (monologando con el entrecortamiento de las grandes emociones).—¡Todo se acabó! Estoy perdido y además en ridículo. ¡Y cuando ya tocaba á la meta de mi ambición! Esa mujer es una hiena. A ella le debo el enlodamiento de mi vida. ¡Primero me enloquece y luego me deshace! (Deteniéndose un instante y con voz amenazadora.) Pero conmigo no se juega, señora duquesa, y como dicen los franceses, reirá bien el que ría el último. (Prosigue su marcha. De pronto torna á pararse y se estremece. Ha oído una campanita. Está ante una humilde iglesia del suburbio. Sin darse cabal cuenta del impulso, penetra en el templo. La única y pequeña nave á oscuras. En el altar mayor, pálidos cirios, y á su débil resplandor, el sacerdote oficiando, difuminado en la suave claridad. Dos docenas de personas, de bultos negros, asistiendo á la misa del gallo. Paco Fernández se arrima á la pared; está pervertido, pero no es malo. El murmullo del cura, el ambiente de recogimiento, la hora solemne, pesan sobre su espíritu, y de pronto surge en su mente una silueta purísima y dulce, la de su madre, y ve allá lejos un interior modesto, un «peñasco» ante el que cantan villancicos unos niños, una joven que les corea llena de alegría, un hombre en la fuerza de la edad que les acompaña y una señora anciana y enlutada que asiste á la escena. Y sintiendo súbitamente grandes deseos de llorar, le invade la garganta un sollozo que sofoca; y á la vez que ante el ara surge el inefable blanco de la hostia, cae de rodillas balbuceando con suprema expresión:)

¡Oh, madre, madre mía!

IV

En la estación de Atocha y ante la ventanilla de billetes, minutos antes de salir el primer tren de la mañana de Pascua.

PACO FERNÁNDEZ (en traje de viaje y con voz trémula).—Un primera para Calatayud.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Triadó.)

LA MISA DEL GALLO

I

Un cuarto de «soltero», de hombre de mundo que recibe alguna vez en su domicilio visitas «delicadas.» Habitación mitad despacho, mitad gabinete, con libros en los estantes bajitos, cubiertas de polvo las cantoneras, revelando no abrirse nunca los volúmenes, y copias en verso de desnudos clásicos sobre la última tabla superior. Una mesita japonesa para escribir, una «chaise longue», sillones diversos. En uno de ellos, en traje de casa, Paco Fernández, «Aramis», como se le llama en la sociedad dorada, en sus treinta años de edad, apuesto y bello, aunque con cierta fatigada belleza, muy bienquisto de la gente elegante por su travesura... y su mala lengua, y actualmente secretario particular de un duque y á la vez político, según unos autores, y de la duquesa su consorte, según otros. Lee con aire aburrido una carta de letra grande y garrapata. Dice así la carta, fechada en Calatayud:

«Te escribo poco, querido hijo, porque ni mis achaques ni mi vista me consienten más, pero quiero hacerlo yo porque te agradará ver mi letra. Recibimos el cajoncito con las figuras para el Nacimiento que mandas á tus sobrinos. La verdad es que como lo de Madrid, nada. Figúrate lo que se habrán alegrado. El mayor (ya no le conocerías, desde que no vienes por aquí ha crecido mucho y parece un hombre pequeño), el mayor te va á escribir en el nombre de sus hermanos y en el suyo dándote las gracias. Es monísimo. Calcúlate la gracia que hará el oírle decir con sus siete años: «Estamos en deuda con el tío.» Su padre anda ya arreglándoles el peñasco y yo pasaré con ellos la Nochebuena y las Pascuas para no encontrarme sola en mi viudez y en días de tantos recuerdos. Adiós, hijo mío; cuídate, no seas perezoso para contestarme, que te vendes algo caro sin duda por tus ocupaciones, y en esa vida tan expuesta á caer de la corte, no abandones nunca el camino recto, que es el único que te llevará á buen término. Tu madre, que te adora,—Carmen.»

PACO FERNÁNDEZ (levantándose y guardando la

## EL ESCULTOR ARGENTINO

ARTURO DRESKO

En el interesante grupo formado por los jóvenes artistas argentinos, grata esperanza para el desenvolvimiento artístico de aquel hermoso país, figura el ya distinguido escultor Arturo Dresko, que en un período relativamente breve ha logrado singularizarse y constituir una personalidad digna de estima y consideración. Ciertamente es que concurren en el escultor á que nos referimos circunstancias especialísimas y que posee condiciones y aptitudes distintivas propias para adquirir notoriedad. Artista de temperamento, perseverante y laborioso y amante del estudio, no ha titubeado un momento para proseguir con plausible resolución la senda que se propusiera recorrer. De ahí sus sorprendentes adelantos y los triunfos obtenidos, que patentizan, conforme indicamos, las excepcionales facultades que posee para el cultivo de la escultura. Joven, muy joven, casi un niño, abandonó su ciudad nativa, Buenos Aires, para trasladarse á Italia con el propósito de dedicarse al estudio del arte. Establecido en Florencia, recibió provechosa enseñanza del profesor Passaglia, llevando consigo al regresar á su país, como testimonio de sus aptitudes artísticas, varias de las obras que ejecutara, entre ellas la notable estatua de una *Bacante*, que hoy figura en el Museo de Bellas Artes de la capital de la República Argentina.

A partir de este período, difícil sería reseñar la labor producida por el escultor; bastará consignar, sin embargo, que pudo gustar la honrosa satisfacción de aportar otra obra para el Museo representando á *Diana*, obteniendo varias recompensas y distinciones, entre las que merecen citarse una pensión para perfeccionar sus estudios, cuyo resultado ha sido la medalla de oro alcanzada en la Exposición de San Luis recientemente verificada, como justa recompensa por las obras expuestas, cuya reproducción publicamos en la página siguiente.

Del examen y estudio de las obras á que nos referimos dedúcese la consecuencia de que Dresko es un escultor de aliento que se inspira en los moder-

nos ideales artísticos y que, impuesto de la noble misión que ha de llenar el artista, concibe y modela ajustándose á los conceptos que informan el arte contemporáneo, procurando apartarse de los moldes tradicionales, siempre mal sentidos y peor interpretados.

Instalado definitivamente en Buenos Aires, prosigue su labor, siendo apreciado su mérito, según lo demuestra el hecho de habersele confiado la ejecución de algunos monumentos públicos.

Réstanos felicitar á este inteligente artista, confiando que llegará por medio de sus obras á alcanzar días de gloria para el arte de aquel hermoso país, siempre simpático para los que usamos el mismo verbo.



TRISTES RECUERDOS, fotografía de R. Duhkoop  
(Exposición Fotográfica del Centro de las Industrias de la Imprenta, de Leipzig.)

## LA CALLE DE LAS PASIONES

CUADRO DE IGNACIO ZULOAGA

No hace mucho tiempo, publicamos un estudio sobre este pintor eminente. No es, pues, ocasión de reproducir los encomiásticos juicios que en él dedicaba á nuestro eximio compatriota un notable crítico inglés.

Además, ¿no resultan acaso un tanto ociosas estas alabanzas tratándose de quien como Zuloaga lleva su mejor elogio en su nombre, aclamado y admirado no sólo en su patria, sino también, y tal vez mucho más, en el extranjero?

Dondequiera que han sido expuestas sus obras, han merecido los más entusiastas aplausos y obtenido las más honrosas distinciones. La crítica de todos los países le ha proclamado unánimemente gloria indiscutible de la pintura española contemporánea, y no ha vacilado en resucitar los nombres de los más grandes maestros de la edad de oro de nuestro arte para poner al lado suyo el de Ignacio Zuloaga.

Sus creaciones se han impuesto; la verdad de sus concepciones ha causado asombro; la firmeza de su dibujo, el calor de su pincelada, han producido admiración sin límites.

No se necesitan, sin embargo, tantos testimonios para demostrar la excepcional valía del artista guipuzcoano; basta contemplar cualquiera de sus lienzos para comprender que quien de tal modo supo llevar á la tela aquellos fragmentos

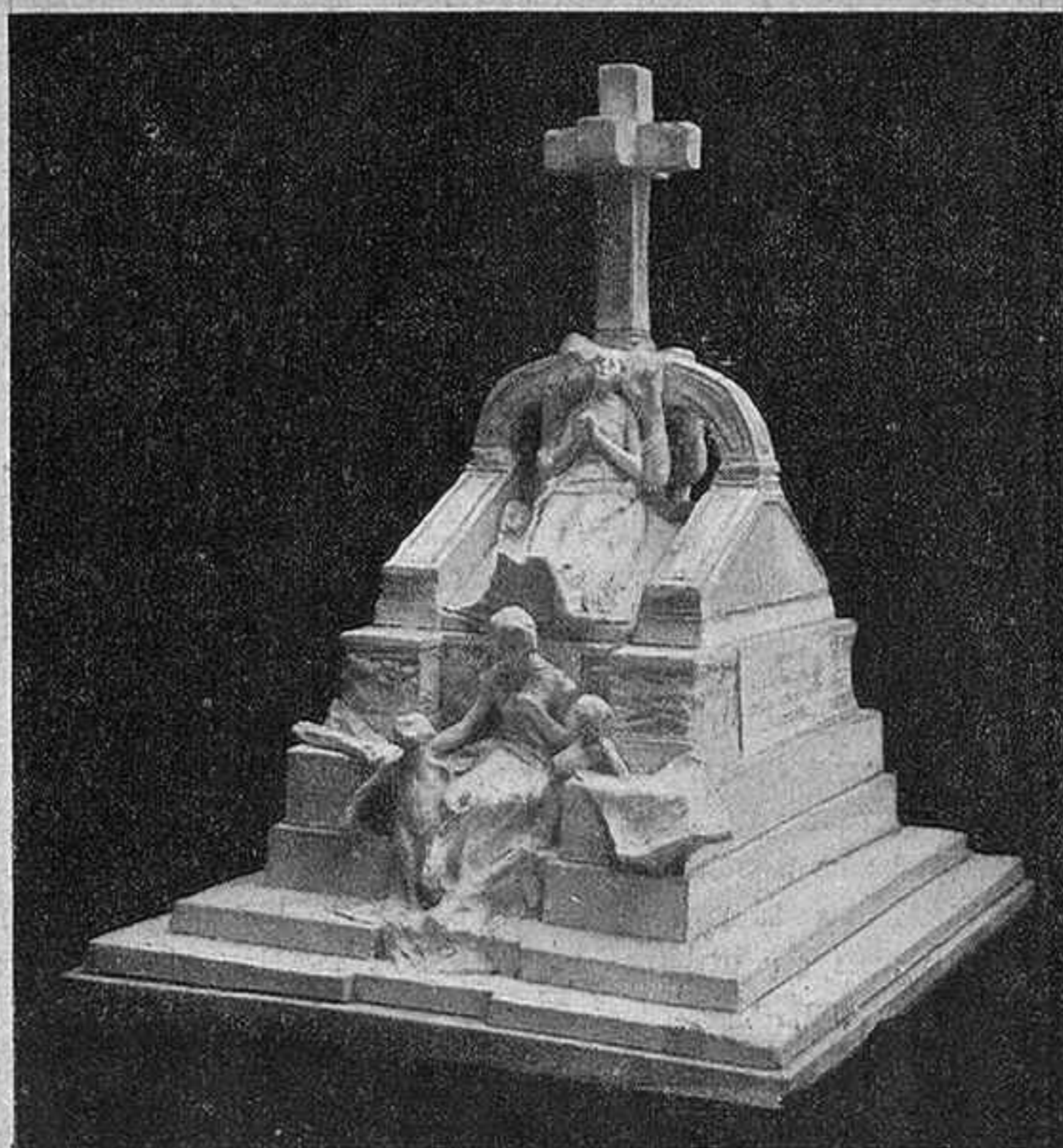
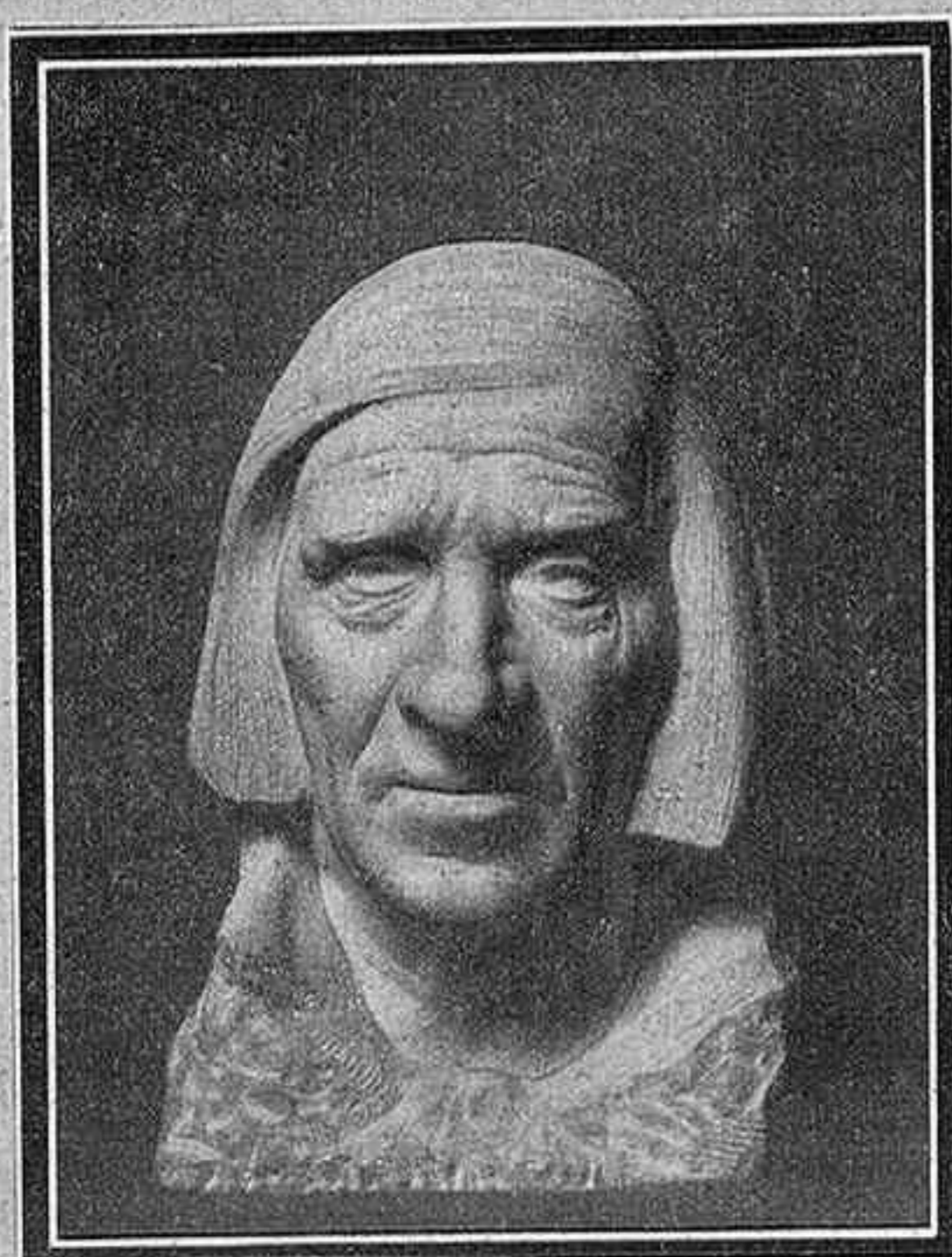
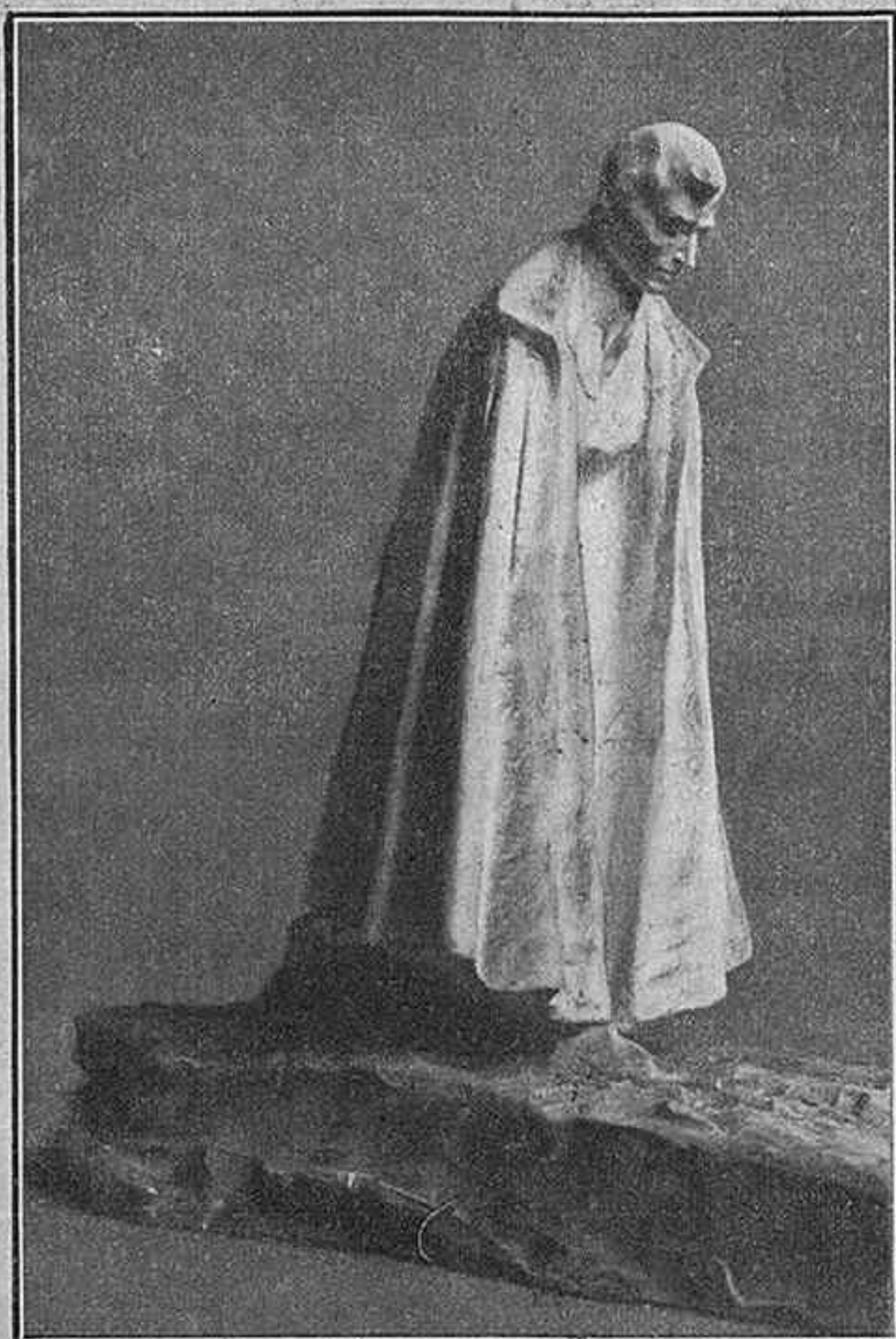
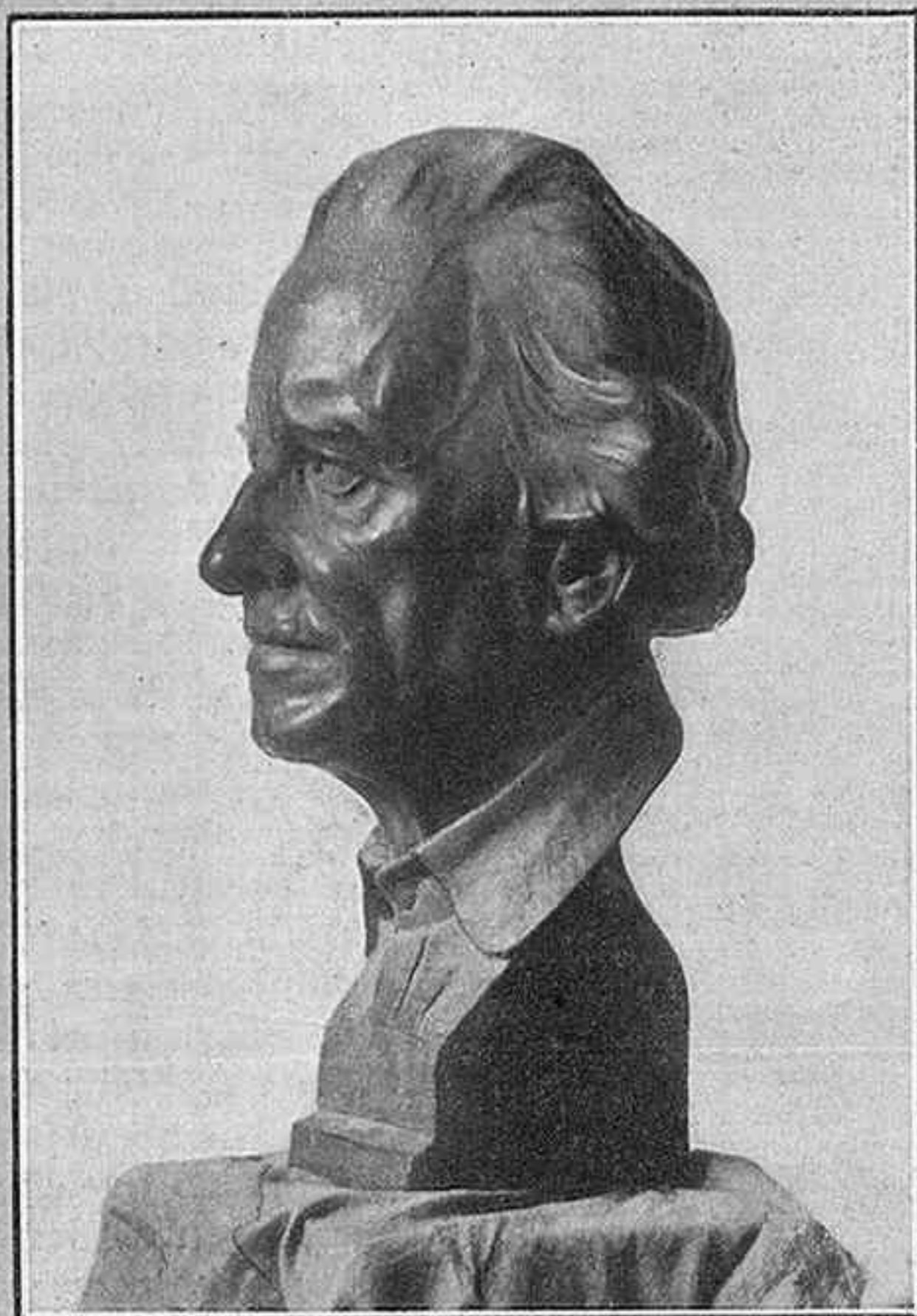
de la vida real, merece un puesto preeminente en la historia artística, no sólo de nuestra patria, sino del mundo entero.

Véase, por ejemplo, el cuadro *La calle de las Pasiones* que adjunto reproducimos y que con otros del mismo autor figuró en una sección especial de la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde, y dígame si cabe conseguir en pintura un efecto más maravilloso; si es posible que un artista logre ejercer mayor atracción sobre los ojos y sobre el alma del espectador.

Al honrar hoy nuestras páginas con esa nueva composición suya, le reiteramos el testimonio de nuestra admiración más entusiasta y más sincera.—X.



La calle de las Pasiones, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf. 1904.)



Retrato del celebrado escultor argentino ARTURO DRESCO y esculturas originales suyas que han figurado en la Exposición Universal de San Luis (Estados Unidos), en donde ha obtenido medalla de oro

## VISIONES DE NOCHEBUENA

EN CASA DE LOS RICOS

En París y en uno de los hoteles que se alzan en una de las avenidas que se extienden al lado de los Campos Elíseos, se celebra la Nochebuena de los niños ricos.

Flores de estufa, abiertas al dulce calor del lujo y del amor maternal, criaturas exquisitas cuyos deseos se ven colmados cuando casi no han tenido tiempo de nacer, los niños ricos tienen rostros rebosantes de frescura en medio de la palidez que la expectativa de una alegría cierta tiñe de un suave color de rosa.

Su árbol de Nochebuena está dispuesto en su cuarto de estudio; en tanto que llega el esperado momento, las criaturas permanecen en el tocador de su madre.

Son dos niñas; una tiene ocho años, otra seis. Sus cabellos son rubios y están atados con cintas de color azul pálido; tienen el mismo matiz de la cabellera de la mujer elegante que aquella noche, convertida en madre de familia burguesa, abrirá en persona la puerta y disfrutará con las exclamaciones de aquellas boquitas encarnadas, con el brillo de aquellos ojos azules, con el éxtasis de aquellas manecitas tendidas hacia el árbol de Nochebuena.

El niño ha ayudado en los preparativos de la fiesta á su madre, á la que se parece por su perfil y por su mirada, y que es el preferido por ella porque es el primogénito. Libre durante unos días de las clases de su colegio, ¡cuán dichoso se siente en aquel momento y con cuánta ternura contempla á aquella hada que le sonríe, vestida con un traje que la hace ser la más bella de las mujeres del mismo modo que es la más cariñosa! Comprende vagamente que aquel es un ser privilegiado, una especie de persona rara y preciosa, y á impulsos de un repentino sentimiento de afecto renovado, besa la perfumada mano que acaba de colgar con sus dedos un nuevo juguete de las ramas del árbol en donde arden bujías de varios colores.

Se abre la puerta y las dos hermanitas se precipitan en la estancia. La emoción que sienten es una emoción indecible que dentro de quince años reaparecerá en ellas con caracteres más perturbadores y más deliciosos todavía.

Dentro de quince años, las niñas habrán crecido; seguramente se habrán casado, y si son felices, si tienen hijos, su felicidad aumentará con la reminiscencia, apenas melancólica, de la dicha de hoy; pero si son desgraciadas, si sobre ellas pesa uno de esos dorados infortunios que la sociedad oculta bajo los falsos esplendores de sus fiestas, ¡cuán doloroso será ese recuerdo!

Dentro de quince años, el joven pensará en aquellas veladas de otros tiempos como en un baño agradable, fresco, suave, que diera un momento de reposo á su ardorosa existencia; y contemplará largo rato el retrato de una mujer que entonces, sembrada de canas la cabeza y el rostro ajado por la edad, le mirará también á menudo, con ojos eternamente jóvenes, en los cuales se adivinará ese pensamiento de todas las madres que envejecen: «¡Cuando era niño!»

En esta exclamación hay un poco de todo, la amargura de la juventud que desaparece y algo quizás de la añoranza de los rubios rizos de otro tiempo; pero más que nada, la tristeza de no poseer ya aquel corazón de niño, como lo poseía en la hora alegre en que éste besaba la mano que acababa de encender las bujías de color de rosa...

EN LONDRES

La escena pasa en Londres, y en una de esas casas que pegadas una á otra y todas parecidas se alzan á lo largo de aquellas calles que, como terminación

llevan el nombre de un gran hombre con el aditamento de *road*, ó *lane*, ó *gate*, ó *place*. Fuera se desarrolla aquella existencia que trae á la mente el recuerdo de las pantomimas de los *Hanlonlees* por la prisa brusca del movimiento.

Sobre la ciudad se extiende un cielo amarillo

aterciopelada moqueta cubre el pavimento; los muebles modernos hacen de aquel *home* una cosa contemporánea y en la que hasta los menores detalles están dispuestos con arreglo al dogma británico del *confort*.

Mañana habrá lectura de la Biblia y sermón.

Y dentro de veinte años, las niñas y los niños ya casados, ya jefes de familia, celebrarán *Christmas* en la misma fecha y con el mismo sentimiento de vigorosa intimidad; en tanto que fuera, en las calles, al igual que hoy, los *cabmen* guiarán atrevidamente sus caballos, desde lo alto de su pescante, posados en la trasera del coche, y la muchedumbre circulará presa de esa trepidación automática que aumenta la intimidad del hogar; y ¡*Rule Britannia for ever!*, como dice la canción.

ENTRE LOS POBRES

¿Y los niños pobres?

¿Y los niños errantes y sobre todo entre los vagabundos, entre aquellos cuya espantosa legión encarna Víctor Hugo en su pálido y atrevido Gavroche?

Estos celebran su Nochebuena entre sí, lo mismo en París que en Londres.

Situados á las puertas de los teatros, abren las portezuelas de los coches, recogen las salidas que algunos arrojan al abandonar el coliseo antes de terminar la función, se interpelean unos á otros en un caló que huele á presidio, y son tan capaces de robar un pañuelo ó un reloj de un bolsillo como de compartir el producto de esta peligrosa industria con un compañero menos afortunado.

A eso de la media noche se reúnen en algún sitio extraño, en algún solar abandonado ó en alguna buhardilla.

¿Dónde habitan? ¿Dónde duermen? ¿Sienten envidia de aquellos niños de su misma edad que cogen maravillosos frutos de las ramas de abeto frescas y verdes? No, sino que están alegres y se muestran osados; que aque-

lla noche los transeúntes son generosos.

—¿Dónde has ido?, pregunta un granujilla de estos á su compañero.

—A la iglesia; pero no he recogido nada. ¿Y tú, dónde has estado?

—Yo, á la puerta de un baile y he recogido mucho.

Entre los días negros de diciembre que termina y de enero que pronto empezará, la Nochebuena se ilumina para los vagabundos con un sólido reflejo que les consuela del ayer y del mañana, si es que por ventura prevén el mañana y se acuerdan del ayer.

Porque la felicidad de los pobres consiste precisamente en que para ellos no existe más que el hoy.

¡Cuántos ricos inquietos quisieran poder decir otro tanto!

PABLO BOURGET

de la Academia Francesa.

(De la «Revue Mame,» de París.)

## LA HUÍDA Á EGIPTO

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

Este lienzo es una nueva prueba del talento de nuestro querido colaborador José Cusachs; pero es además una demostración elocuente de la variedad de sus aptitudes, ya que perteneciendo á un género tan distinto del que generalmente cultiva el artista, contiene no menores bellezas que los cuadros que le han dado tanta y tan merecida fama. El pintor de batallas, de tipos y costumbres militares, el autor de esa serie de composiciones vigorosas por sus asuntos y por la manera de tratarlos, ha encontrado en su paleta tonos dulcísimos para trasladar á la tela el poético episodio de la vida de la Virgen, y ha logrado con su *Huída á Egipto* un gran triunfo.

Este cuadro ha sido pintado por encargo de una acaudalada familia mexicana con destino al Monasterio de Montserrat.



La huída á Egipto, cuadro de José Cusachs, destinado al monasterio de Montserrat

y una implacable niebla negruzca flota en el aire.

Los faroles están encendidos desde las tres de la tarde. Los coches de dos ruedas corren al trote largo de sus flacos caballos. De trecho en trecho húndese en el suelo una escalera que conduce al ferrocarril subterráneo que circula por debajo de la ciudad.

Innumerables carteles anuncian *Christmas presents* y en las tiendas que dentro de un momento van á cerrarse multitud de chucherías amontonadas atraen la atención de los transeúntes que, sin embargo, no se detienen; porque en Londres nadie se para en la calle y el paseante ocioso, ese indiferente y voluptuoso epicúreo del bulevar de París es tan desconocido como desconocidas son en el agua laboriosa del Támesis los reflejos rosas y verdes con que matizan la corriente del Sena esas encantadoras puestas de sol de los últimos días otoñales.

Dentro de las casas y detrás de las ventanas que se ajustan herméticamente, también se celebra la fiesta de los niños al mismo tiempo que la de las personas mayores. Los pasteles propios del día han sido confeccionados la víspera; las provisiones han sido compradas para dos días, porque este año precisamente la fiesta de Navidad cae en domingo; y toda la familia está reunida. Las telas de los trajes femeninos son de colores vivos y los vestidos tienen un corte extraño. Vense allí rostros encuadrados por blancas cabelleras, coronados por un gorro encarnado orlado de encajes.

Las *missesses* de ojos claros llevan trajes de color azul fuerte, y los *gentlemen*, vestidos de frac, tienen la cara enrojecida por el uso diario del *brandy and soda* y de toda clase de excitantes.

Pero los niños, ¡cuánta poesía adorable en sus miradas y en sus sonrisas! ¡Cómo sus frescas mejillas y sus francas carcajadas demuestran la salud de la raza y la robusta vida física del padre y de la madre!

Ninguna chuchería antigua transforma aquel interior en una especie de pequeño museo. Alfombra de

## Crónica de la guerra ruso-japonesa

Confirmando la noticia que dimos en nuestra última crónica, el gobierno japonés ha comunicado oficialmente nuevos detalles sobre la destrucción de la escuadra rusa anclada en la rada de Puerto Arthur. De esta comunicación resulta que el *Retvizán*, el *Pollava* y el *Peresviet* permanecen sumergidos, durante la marea alta, hasta el puente superior, por debajo de la torrecilla del timonel. El *Bayan*, el *Povieda* y el *Pallada* están completamente inclinados á babor ó á estribor, saliendo fuera del agua sus cascos por debajo de la línea de flotación. El *Gyliak* está encallado cerca de la costa. El *Sebastopol* cambió de fondeadero, anclando en la rada exterior.

Puede darse, pues por completamente destruída la primera escuadra del Pacífico, cuyo valor se calcula en 150 millones de francos.

Los japoneses han conseguido con ello lo que desde el principio de la guerra se propusieron, y de aquí el entusiasmo con que la noticia ha sido recibida en Tokio.

Sin negar toda la importancia que este hecho tiene para el Japón, tanto más cuanto que en Rusia se tenía la esperanza de que los buques de Puerto Arthur podrían en el momento oportuno reunirse á la escuadra de Rodjestvensky y colaborar á la acción de ésta, no creemos que la pérdida de la escuadra disminuya la capacidad de resistencia de aquella plaza, pues no debe perderse de vista que no son los buques los que han de defender los puertos de guerra, sino que las plazas marítimas son creadas para proteger á aquéllos. La caída de Puerto Arthur había de traer consigo necesariamente la pérdida de la escuadra; en cambio, la desaparición de ésta apenas si puede influir en las operaciones del sitio. Si la guarnición no está demasiado reducida, por la terrible lucha que ha-

ce tantos meses viene sosteniendo, y si dispone de víveres y municiones suficientes, Puerto Arthur podrá todavía resistir mucho tiempo, pues los japoneses, á pesar de sus evidentes avances, no han podido quebrantar todavía la línea principal de defensa; y téngase además en cuenta que detrás de ésta hay otras posiciones fortificadas, de las cuales habrán de apoderarse los japoneses antes de hacerse dueños de la plaza.

Dícese que el general Nogi se propone modificar su plan de operaciones y que, conseguido ya el principal objeto que se propuso al poner sitio á Puerto Arthur, abandonará el sistema de ataque que tantas pérdidas le ha causado, y se limitará á bloquear estrechamente la plaza á fin de rendirla por falta de víveres y municiones. Será ó no será verdad esta noticia que envían algunos corresponsales ingleses; pero lo que sí es cierto, es que en el Japón deben comenzar á encontrar muy dolorosas é inútiles las heca-

tombes de Puerto Arthur. Sobre este punto diremos que, según un corresponsal, en Tien-Tsin, en los asaltos últimos de octubre perdieron los japoneses 15.000 hombres, habiendo sido aún mayor el número de bajas que tuvieron en el ataque de la colina de los 203 metros. Y aunque estas noticias son se-

ser vistos por entre las innumerables rocas y pueden atracar en cualquier sitio de la costa.

Sus tripulaciones se componen de 10 á 20 remeros intrépidos que conocen perfectamente el litoral y el régimen de vientos y corrientes y saben aprovecharse de las nieblas para escapar á la vigilancia de los

cruceros japoneses. Su objetivo es ponerse lo más pronto posible bajo la protección de las baterías de la costa, y cuando logran esto, depositan sus mercancías en la primera anfractuosidad que encuentran.

Si durante la travesía son capturados por los buques del almirante Togo, declaran que llevaban sus provisiones al ejército japonés que ocupa Dalny, Pitseú y Kin-Theú y, según parece, raro es el caso en que no los dejan en libertad. Cierto que algunos juncos de estos han sido echados á pique al intentar forzar el bloqueo; pero los marinos chinos no se preocupan del peligro y en cambio se preocupan mucho de ganar dinero, y como saben que los rusos les pagarán por sus vituallas precios elevadísimos, afrontan todos los riesgos y repiten incesantemente sus expediciones.

En San Petersburgo reina gran inquietud por la situación en que la pérdida de la escuadra de Puerto Arthur coloca á la del almirante Rodjestvensky y no falta quien indica la conveniencia de que esta última se detenga en su marcha hasta que pueda recibir nuevos refuerzos. A este efecto se dice que está á punto de hacerse á la mar una escuadra de complemento que se compondrá del acorazado *Emperador Nicolás I*, de los acorazados guardacostas *Apraxin*, *Siniavin* y *Ushakoff*, de los cruceros acorazados *Almirante General* y *Uladimiro-Monomack*, de un crucero torpedero y de tres torpederos. Estos buques, que son de modelo an-

tiguo, han sido, según parece, reformados en estos últimos años y dotados de máquinas y armamentos enteramente nuevos. Además, según un telegrama de Nueva York, han sido enviados como mercancías en transatlánticos ordinarios, nueve torpederos desmontados que por encargo de Rusia se han construído en Nueva Jersey.

Al Sur de Mukden, las operaciones en grande escala siguen en suspenso. El invierno es muy riguroso, habiendo llegado el termómetro á marcar 20 grados bajo cero por la noche y 17, también bajo cero, durante el día. A pesar de tan bajas temperaturas, el estado sanitario del ejército ruso es excelente.

Por Kharbine pasan todos los días 18 trenes que conducen tropas víveres, municiones y ropas de invierno, y un gran número de soldados heridos que habían sido asistidos en los hospitales de aquella ciudad han podido abandonarlos y han ingresado nuevamente en las filas.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Cambio de los centinelas japoneses en los fosos abiertos en el campamento (Dibujo de Fortunino Matania.)

guramente exageradas, es indudable que el ejército del general Nogi ha debido experimentar pérdidas enormes.

También la escuadra del almirante Togo ha tenido una nueva baja, la del crucero *Sai-Yen*, que el día 30 de noviembre chocó con una mina, yéndose inmediatamente á pique y pereciendo ahogados el comandante Tadjima y 38 marineros y salvándose 15 oficiales y 175 marineros.

El corresponsal del *Times* ha enviado recientemente á este diario londinense interesantes detalles sobre el modo como se efectúa el aprovisionamiento en Puerto Arthur. Durante estos últimos meses, dice, han partido de Che-Fu, de Tien-Tsin y de otros puertos inmediatos centenares de juncos cargados de toda clase de vituallas. Estas pequeñas embarcaciones están sólidamente construídas y pueden resistir grandes temporales, y como son de escaso tonelaje y apenas salen sobre la superficie del agua, se deslizan sin



GUERRA RUSO-JAPONESA. - EN EL CUARTEL GENERAL DE KUROPATKINE. - CAÑONES JAPONESES CAPTURADOS POR LOS RUSOS EN LA COLINA PONTILOFF.  
(De fotografía.)

El día 17 de octubre, los rusos, después de un brillante ataque, consiguieron desalojar á los japoneses de la colina del Arbol aislado, situada cerca de la orilla izquierda del Cha-Ho, apoderándose de varias piezas de artillería. Aquella colina se denomina desde entonces Pontiloff, por ser este el nombre del jefe de las fuerzas rusas que con temerario arrojo se apoderaron de la misma.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - CAPILLA DE CAMPAÑA INSTALADA EN UN CAMPAMENTO RUSO, CERCA DE MUKDEN. (De fotografía remitida por León Bouet, de París.)

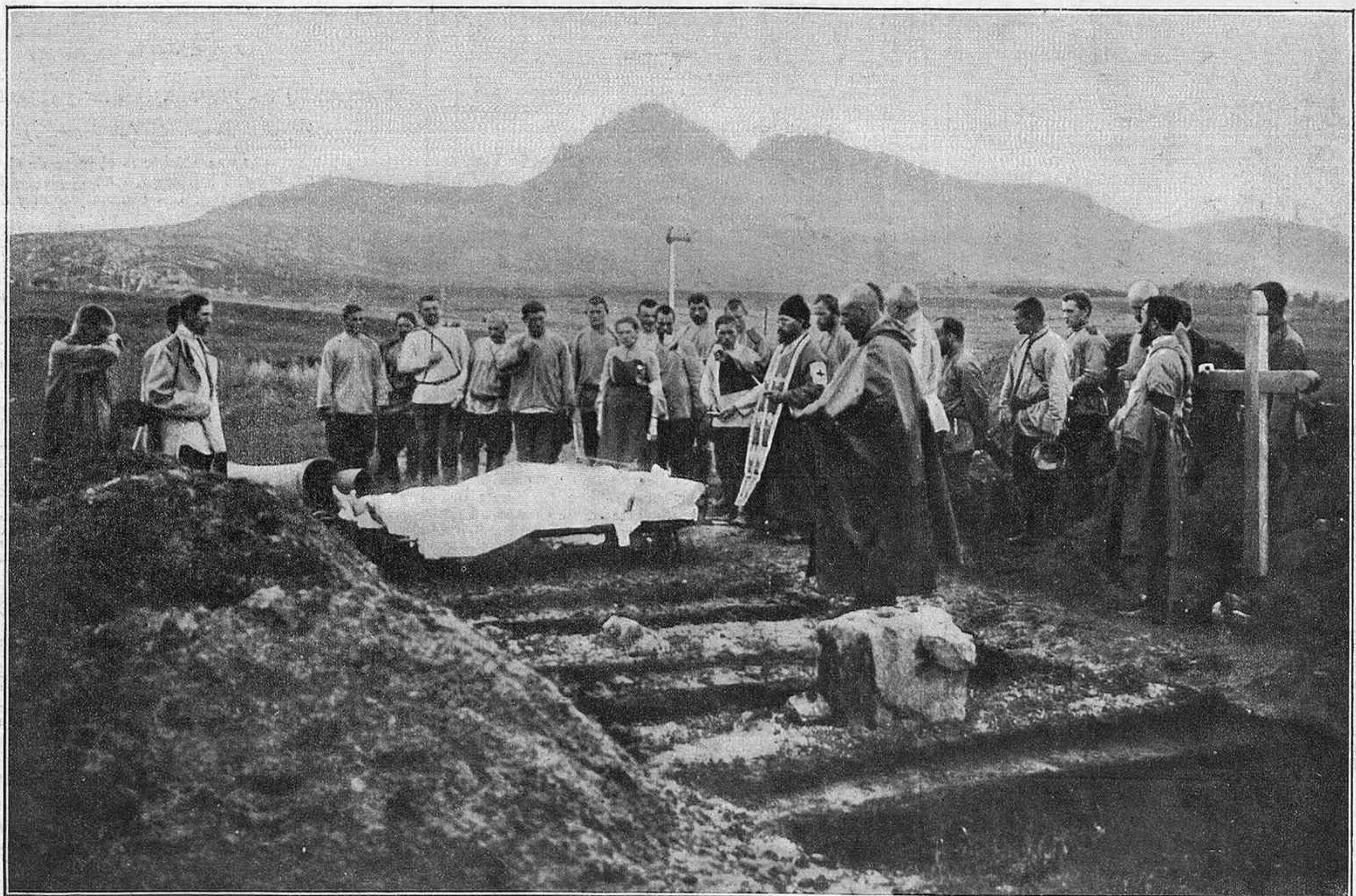
Las penalidades y los incesantes trabajos de la guerra no han debilitado en lo más mínimo el sentimiento religioso que tan firmemente arraigado está en el pueblo ruso; jefes, oficiales y soldados hallan, en medio de los azares de la lucha, espacio para entregarse á sus devociones, y si antes de entrar en batalla piden la bendición del pope, que no pocas veces les acompaña en el combate, en los momentos de tregua acuden á las capillas de campaña á invocar la protección de Dios para su patria y para su tsar.





GUERRA RUSO-JAPONESA. - PASO DE UN RÍO POR VARIAS FUERZAS RUSAS ENTRE LIAO-YANG Y MUKDEN. (De fotografía remitida por León Bouet.)

Aparte del sitio de Puerto Arthur, la atención pública se halla fija principalmente en las operaciones que se preparan en el corazón de la Mandchuria, entre Mukden, que está en poder de los rusos, y Liao-Yang, ocupada por los japoneses. Tiene, pues, verdadero interés la fotografía que reproducimos porque está tomada precisamente en aquella región. En ella se ven multitud de *coolies* chinos, que, en materia de transportes, tan valiosos servicios prestan á ambos ejércitos beligerantes.



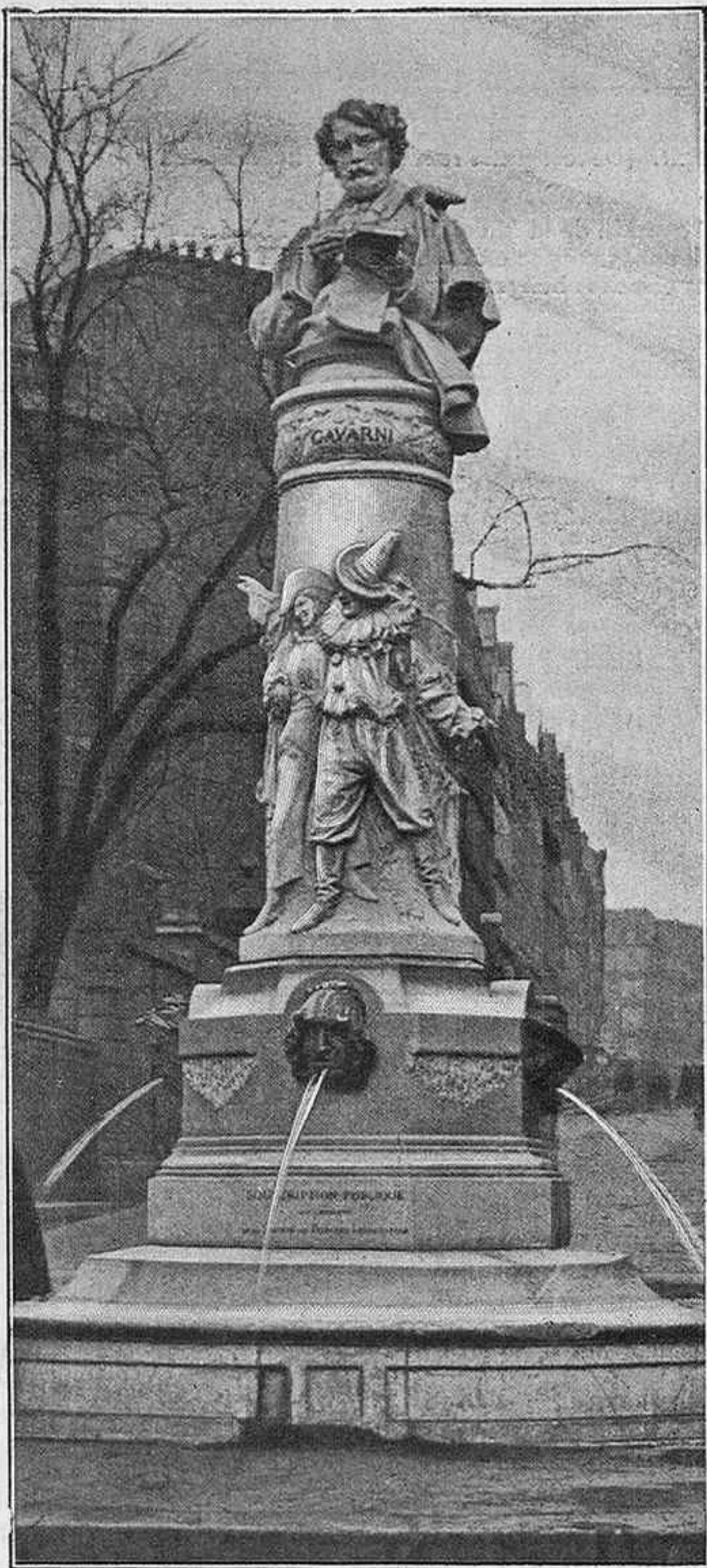
GUERRA RUSO-JAPONESA. - ENTIERRO DE DOS OFICIALES RUSOS MUERTOS EN LA TOMA DE LA COLINA PONTILOFF. (De fotografía.)

Estas ceremonias, tristes y conmovedoras siempre, adquieren en la guerra un carácter de grandiosa solemnidad. Esas fosas abiertas en medio del campo, esos cadáveres de héroes envueltos en sendas mortajas, ese grupo de soldados que tributa el último homenaje á los que ayer les condujeron á la pelea, ese sacerdote rezando las preces funerarias, y ese paisaje árido, como si la naturaleza se despojase de sus galas para no profanar con sus alegrías los horrores de la lucha, producen en el alma una impresión hondísima.

## NUESTROS GRABADOS

**Tristes recuerdos, fotografía de R. Duhrkopp.**—En distintas ocasiones hemos hecho observar los grandes progresos que de continuo realiza la fotografía, no sólo en su parte técnica, sino también desde el punto de vista artístico. A medida que el invento de Daguerre se ha ido perfeccionando y haciéndose asequible á todo el mundo, por decirlo así, se ha extendido prodigiosamente y ha despertado entre los aficionados una emulación laudable que se traduce en verdaderas maravillas. Hoy el fotógrafo no se contenta con lograr en sus placas la mayor pulcritud y la mayor abundancia de detalles, sino que busca para impresionarlas temas que antes parecían exclusivamente reservados á los pintores; y así resulta que todos los días admiramos fotografías que parecen verdaderos cuadros, tanto por su composición cuanto por el sentimiento que en ellas palpita. La que en la página 828 reproducimos, merece un lugar preeminente entre tales producciones; no nos sorprende en ella la habilidad con que el artista, que bien merece este nombre el autor de esta obra, ha sabido vencer las dificultades que ofrece el medio en que la escena fotografiada se desarrolla; lo que más admiramos en esta fotografía es, digámoslo así, el argumento, que tiene toda la intensidad dramática de una pintura debida al pincel de afamado maestro.

**Monumento á Gavarni.**—El notable crítico rancés Sainte-Beuve ha trazado el siguiente retrato del famoso dibujante á cuya memoria se ha levantado el monumento que en esta página reproducimos y que se ha inaugurado hace pocos días en París: «Es la observación misma; todo cuanto ha pasado y desfilado ante nuestros ojos de treinta y cinco años á esta parte en materia de costumbres, de trajes, de formas galantes, de elegantes figuras, de placeres, de locuras y de arrepentimientos; todas las máscaras y todo lo que debajo de las máscaras se oculta, los carnavales y sus consecuencias, los teatros y sus escenarios, los amores y sus contrariedades, todas las malicias de los niños pequeños y grandes, los diabolismos femeninos ó parisenses, tales como los hemos visto y los aforamos, siempre renacientes, siempre nuevas y siempre semejantes, todo lo ha dicho, todo lo ha mostrado y de un modo tan ligero, tan picante, tan locuaz, que aun aquellos que no tienen oficio ni arte alguno, que sólo tienen la curiosidad del transeunte, con sólo haber mirado en los aparadores de una librería ó sobre el mármol de una mesa de café algunas de esas láminas que cada



Monumento á GAVARNI, recientemente inaugurado en París. Obra de Dionisio Puech (escultor) y de Enrique Guillaume arquitecto.

día daba al público, han llevado grabados en su mente los trazos del dibujo y han recordado siempre el ingenioso y mordaz epígrafe.»

El monumento á Gavarni se alza en la plaza de San Jorge y se debe á la iniciativa de la Sociedad de pintores y litógrafos. La composición del escultor Dionisio Puech y del arquitecto Enrique Guillaume es, además de bella considerada artísticamente, ingeniosa, y refleja bien el carácter y la especialidad del célebre caricaturista. Sobre un fuste de columna descansa el busto en mármol blanco del artista, en actitud pensativa y con

el lápiz en la mano, cual si se dispusiera á dibujar el croquis de alguna escena de la vida parisiense: debajo del busto, en sencilla inscripción: «Gavarni. 1804-1866.» Alrededor de la columna y en el zócalo de la misma varias figuras en alto relieve y cuatro mascarones reproducen tipos por él retratados: la deliciosa modistilla, el artista bohemio, un mendigo, la portera tradicional con sus papillotes y su cofia de encajes, el pierrot, M. Prudhomme y Tomás Vireloque, el filósofo callejero, moderno Diógenes, de hirsuto cabello y cubierto de andrajos.

**Dr. José Pardo, nuevo presidente del Perú.**—La asamblea general del partido civil—dice la acreditada revista limeña *Actualidades*—favoreció con sus sufragios la candidatura del Dr. José Pardo y la nación peruana le eligió Presidente. El 24 de septiembre del año en curso, aclamado por la multitud que envolvía al joven y simpático magistrado en una oleada de afecto delirante, entró en el palacio de Pizarro.

«Todo lo esperamos de él. En su fisonomía serena, en su tranquila palabra, se encierran los nuevos rumbos que nos conducirán á la fresca del oasis, pasada para siempre la aridez del desierto.

»Ha dicho: «tolerancia á las opiniones ajenas, mientras respeten los límites del orden y de la ley,» y no lamentaremos revoluciones impunes ó excesos de los que invisten autoridad; ha dicho: «restablecer el equilibrio fiscal,» y desaparecerán los presupuestos con déficit, los gastos superfluos, el derroche del dinero de los contribuyentes y la miseria é insolencia del erario; ha dicho: «ferrocarriles,» y cruzarán nuestro territorio las paralelas de hierro, cuyo abrazo es el abrazo del progreso; ha dicho: «tener presente el Oriente,» y las opulentas regiones bañadas por la red fluvial del Amazonas derramarán sobre la república la abundancia simbolizada en nuestro escudo; ha dicho: «inmigración,» y se establecerá la corriente de hombres morales, trabajadores y robustos, que regarán con el sudor de su frente el surco de la prosperidad nacional; ha dicho: «no habrá instrucción pública mientras los maestros ganen menos que los jornaleros,» y tendremos escuelas normales y de primera enseñanza, almacigo modesto, pero seguro, de la grandeza de los pueblos; ha dicho: «preparar el país para cuando se realice la apertura del canal de Panamá,» y nuestros mares se estremecerán al contacto de numerosas naves, emisarias de la riqueza y del comercio, que batirán en su popa todas las banderas; ha dicho: «artillar los puertos, aumentar la armada, prestar constante atención al ejército,» y saldremos del estado de un pueblo inerme ante las agresiones extrañas; ha dicho: «recurrir al arbitraje,» y nuestros pleitos de fronteras con el Brasil, Bolivia y el Ecuador, serán resueltos en medio de la paz.»

**La famosa escultura «El Pensador,» de Rodín.**—Nada hemos de decir acerca de esta obra que produce más que admiración, asombro en cuantos la contemplan, porque la reproducción que de ella publicamos en el número 1.184 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA permita formarse cabal concepto de tan maravillosa estatua. *El Pensador* ha sido colocado recientemente delante del Panteón de París, como puede verse en el grabado de la página 840, en el cual está también retratado el famoso artista en medio de un grupo de amigos.

## MISCELÁNEA

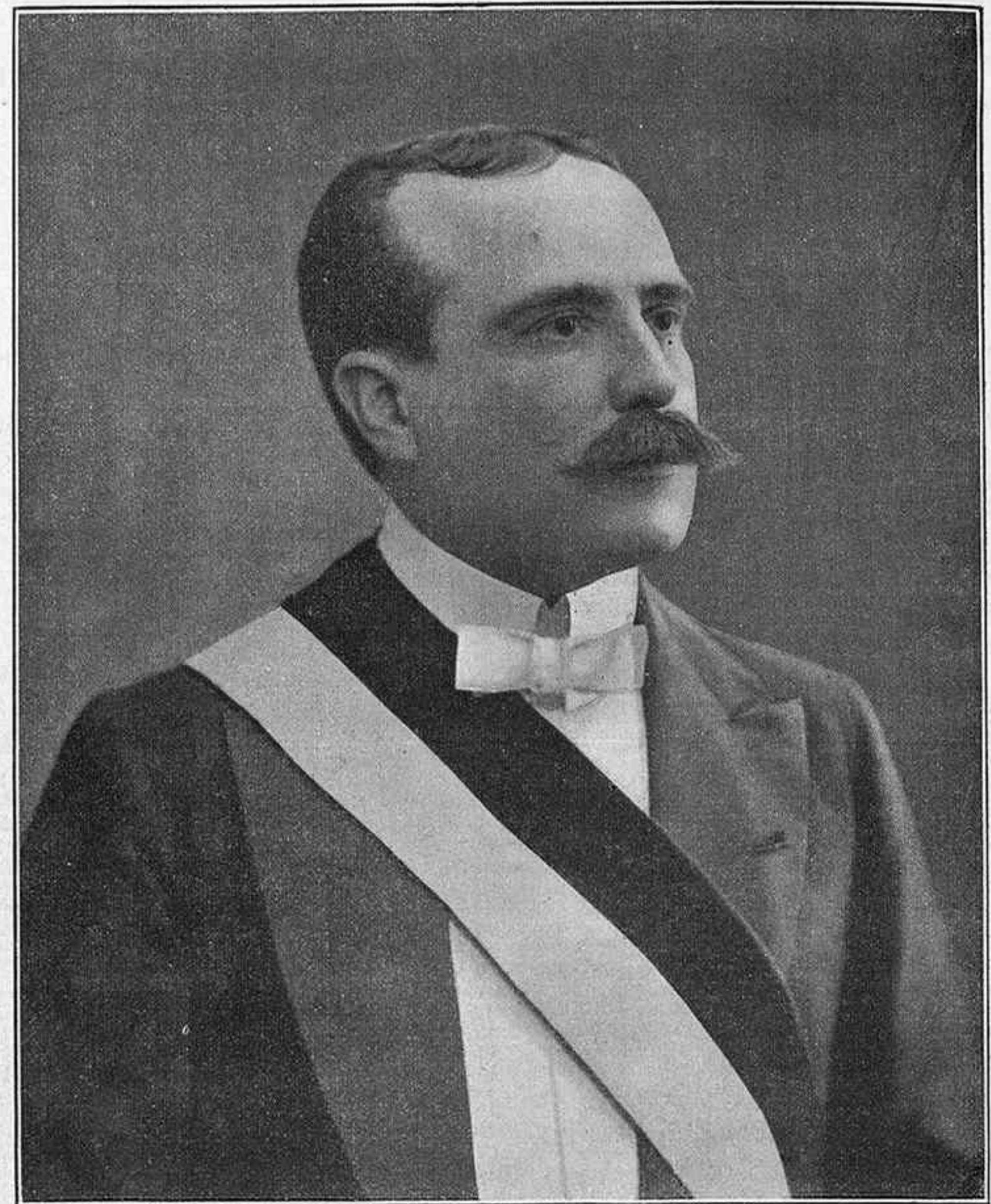
**Bellas Artes.**—PARÍS.—Se trata de fundar un museo de la Comedia Francesa, al estilo del Museo del Garrick-Club de Londres. Los tesoros artísticos que posee el famoso teatro son numerosísimos y de extraordinaria riqueza, pues desde su fundación los principales escritores y artistas del teatro han sido retratados por los más renombrados pintores y escultores de Francia. Estos cuadros y esculturas están actualmente diseminados por las distintas dependencias de la Comedia Francesa y, por consiguiente, resultan perdidos para el público, al paso que reunidos en un museo constituirán una colección interesantísima desde los puntos de vista histórico y artístico, que, el día que esté formada, se aumentará sin duda considerablemente con donativos particulares.

**Espectáculos.**—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El gran Trapella*, comedia en tres actos de D. Teodoro Baró, y en el Principal *Amor que pasa*, comedia en dos actos de los hermanos Sres. Alvarez Quintero.

—La Asociación Musical de Aficionados que con tanto acierto dirige el maestro Sr. Armengol, ha celebrado una interesante sesión musical en la que la orquesta ejecutó *La filadora*, de Goberna, un *Scherzo*, de Martínez Imbert, y algunas otras piezas; la Sta. Wall Rosell cantó algunas romanzas; los Sres. Coral y Barceló cantaron el primero el aria de *Rigoletto* y el segundo el aria de *I Pagliacci* y una romanza de Comas; y la señorita Martí tocó en el arpa una pieza de Godefróid. Todos fueron calurosos y justamente aplaudidos.

—La Sociedad Filarmónica ha dado un nuevo concierto en la Sala Mercé, en el que se ejecutaron un *Trio en re menor* de Arensky, un *Quinteto* de César Franck y una *Sonata* de Locatelli para violoncelo, en las que alcanzaron grandes aplausos los Sres. Crickboom y Perelló (violinistas), la Sta. Ruegger (violoncelista), el Sr. Fons (viola) y el Sr. Granados (piano).

**Necrología.**—Han fallecido: Carlos Jauslin, pintor de historia suizo.



DR. JOSÉ PARDO, nuevo presidente del Perú

Carlos Lotz, pintor de género y retratista húngaro, entre cuyas notables obras pueden citarse las pinturas murales de la Academia de Ciencias, del Museo Nacional y del nuevo palacio del Parlamento de Budapest.

**EXTRA-VIOLETTE** Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, B<sup>e</sup> Itallens, Paris

## AJEDREZ

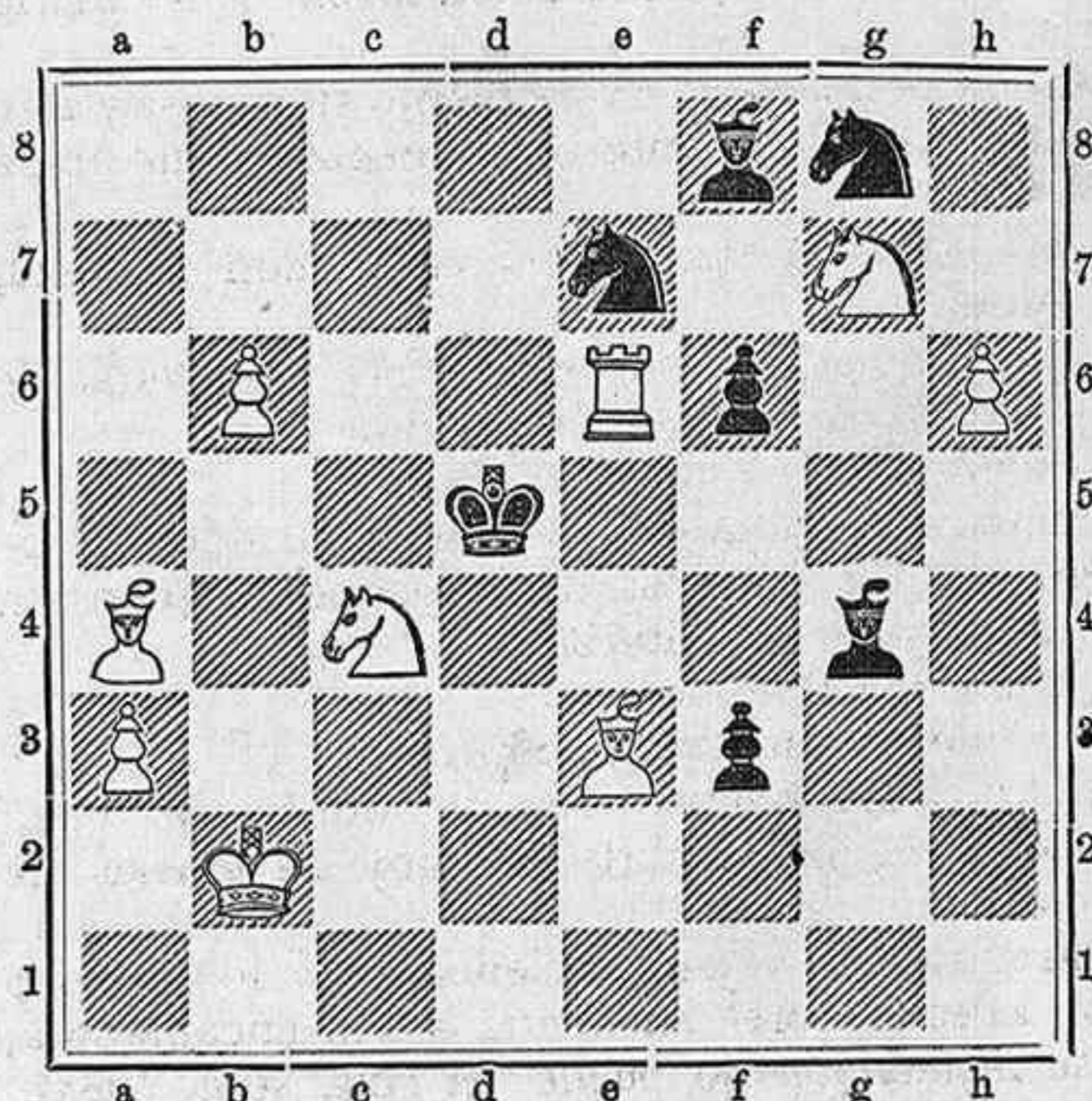
## CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 22.—LEMA: «Noble es el juego de ajedrez.»—BLANCAS: Rf2, Dg5, Th5, Ag1, Ph2 (5 piezas). NEGRAS: Rh1, Ae4, Pd6 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 23.—LEMA: «Homo homini lupus.»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## SOLUCIONES

ENVÍO N.º 20.—«Qis ti Ulginalu.»

1. C e6-f4, R e5-f6 ó f5; 2. C f4-g6 jaq., etc.  
R e5-e4; 2. C f4-d3, etc.  
R e5-d4; 2. A f8-g7 jaq., etc.  
Otra jug.ª; 2. C f4-d3 jaq., etc.

ENVÍO N.º 21.—«Salt de cavall sempre mortal.»

1. b7-b8 (C) jaq., R c6-b5; 2. C a6-c7 jaq., etc.  
(Se continuará)

LA DICHA DE FLO

CUENTO ORIGINAL DE TONY D'ULMES.—ILUSTRACIONES DE ENRIQUE GOUSSÉ

(CONCLUSIÓN)

¡La felicidad! ¡Quién sabe! A su cerebro asustado por aquella palabra de sacrificio acudían como legión todos los argumentos de la lógica burguesa, todos los lugares comunes del egoísmo: «No tiene un céntimo; y luego, los poetas son malos maridos, es cosa probada.» De momento, estas razones bastaron para convencerla; pero después agitóse en el fondo de su conciencia un remordimiento. Para demostrarse á sí misma que el único móvil de su conducta era el interés que le inspiraba Flo, quiso oír el parecer de un extraño; mas con la inconsciente astucia femenina, escogió precisamente el árbitro que había de aprobar su proceder. Esperó la visita de su cuñado, y cuando éste fué á verla se lo llevó á su saloncito.

Enrique la miraba con curiosidad.

—Me ha dicho usted muchas veces, díjole Gilberta, que es usted un sabio y voy á recurrir á su sabiduría.

—Hable usted.

—¿Me aconseja usted que case á Flo?

Y viendo que su cuñado permanecía silencioso y palidecía de pronto, echóse á reír con risa estridente y nerviosa.

—¡Ay, qué cara pone usted! Cualquiera diría que es usted el interesado.

—En verdad, Gilberta; tratándose de un asunto tan grave, no puedo...

Trataba de dar una respuesta evasiva, y se veía que la consulta de su cuñada le contrariaba.

Pero Gilberta insistió:

—Sí, sí..., es usted un consejero excelente.

Al fin Enrique se decidió á hablar.

—¿De modo que quiere usted casar á Flo? Sin embargo, los hombres no valen gran cosa.

Y mirando á su cuñada debió pensar sin duda: «Tampoco valen gran cosa las mujeres.»

De pronto dijo en tono resuelto:

—Sí, cásele usted; tiene usted razón, es necesario casarla.

Gilberta permaneció un momento silenciosa y algo turbada antes de aventurar la pregunta que iba á hacer.

—¿Me aconseja usted que la case... con un poeta, por ejemplo?

A lo que él, adivinando el nombre que detrás de esta pregunta se ocultaba, respondió.

—Guárdese usted de hacer tal.

Gilberta soltó una franca carcajada, como si se sintiera aliviada del peso de la pequeña aprensión que á pesar suyo la conturbaba.

—¿Y por qué?, replicó.

—Porque es demasiado poética.

—¡Ah! Usted siempre tan paradójico, mi buen Enrique. Pero no importa. Le doy las gracias de todo corazón.

Y tranquilizada ya su conciencia para lo sucesivo pensó: «Pedro Sorel encuentra á Flo encantadora; pero su inclinación no puede ser cosa seria. Ya veremos si logra resistirme.»

Durante todo el día estuvo sumamente alegre y por la noche besó cariñosamente á Flo, colmándola de caricias, como hubiera podido hacerlo una verdadera madre.

—¡Te quiero tanto, hija mía! Créelo, mi única preocupación es en este momento tu felicidad.

\*\*

Flo estaba cogiendo flores en el jardín para adornar los jarrones del salón. Sus ojos, encantados, se paraban sucesivamente en los distintos sitios de aquel rincón florido, mientras sus pulmones aspira-

ban los suavísimos perfumes de las rosas y de los heliotropos que la sumían en una languidez y un bienestar indefinibles.

De pronto se estremeció: habían llamado á la

Halagado por aquel elogio, Pedro siguió hablando, y describió su propia alma que veía con ojos de poeta embellecida y transfigurada. La joven le escuchaba con avidez, y en sus mejillas asomaban y desaparecían tintes rosados.

Realmente Pedro había olvidado en aquellos instantes todos sus cálculos mezquinos: por frío que fuese, por hastiado que se encontrase, sentía una emoción deliciosa viendo aquella florecencia de juventud y de pureza en aquel florido jardín.

El sol iba hacia su ocaso; sus rayos oblicuos trazaban sobre la arena largos regueros de oro; su luz era la luz pálida de los hermosos crepúsculos, y Flo sentía la dulzura de aquella claridad suave que aumentaba la dulzura de los momentos pasados al lado de Pedro.

—Tengo que marcharme, dijo éste de pronto.

Flo quiso retenerlo.

—¿No quiere usted esperar á mi tía?

—No tengo tiempo. Volveré otro rato. Hasta la vista, Flo.

Pedro besó la mano de la joven y salió del jardín.

Flo, apoyada en la verja, le miró alejarse. El jardín se ofrecía entonces á sus ojos de color de rosa; y envuelta en aquel tinte rosado, impalpable y tierno, parecióle vivir un minuto de ensueño, cuya infinita voluptuosidad

saboreó con delicia. Sus pensamientos confusos, sus vagos deseos, sus infinitos sufrimientos, todo desapareció, y una felicidad extraordinaria la invadió por completo, dejándola como aturdida.

Cuando, poco después, volvió el Sra. Somangé, encontró á Flo sentada todavía en el banco.

—¡Cómo, en el jardín!, exclamó sorprendida. Hija mía, vas á enfriarte.

La joven pareció despertar de un sueño; su tía, al observar la expresión de su rostro, nueva en ella, que le comunicaba un misterioso resplandor, preguntóle:

—¿Qué tienes?

—¡No lo sé!, respondió Flo ruborizándose.

Desde aquel día observóse en la joven un cambio extraño: así como hasta entonces había sido reposada, pensativa, no triste, pero sí indiferente á todo, ahora se mostraba alegre y activa, todo la interesaba y parecía tan contenta de la vida, que su alegría se comunicaba á cuantos se acercaban á ella. En su trato social, había sido siempre amable, pero de una amabilidad reservada, impersonal, por decirlo así; en cambio, ahora su voz tenía notas vibrantes y de sus más insignificantes ademanes desbordábase una ardiente ternura. Parecía como que en ella retoñaran el contento y la juventud. Vivió algunas semanas verdaderamente exquisitas; dichosa sin saber por qué y movida por una prudencia inconsciente, se complacía en su ignorancia.

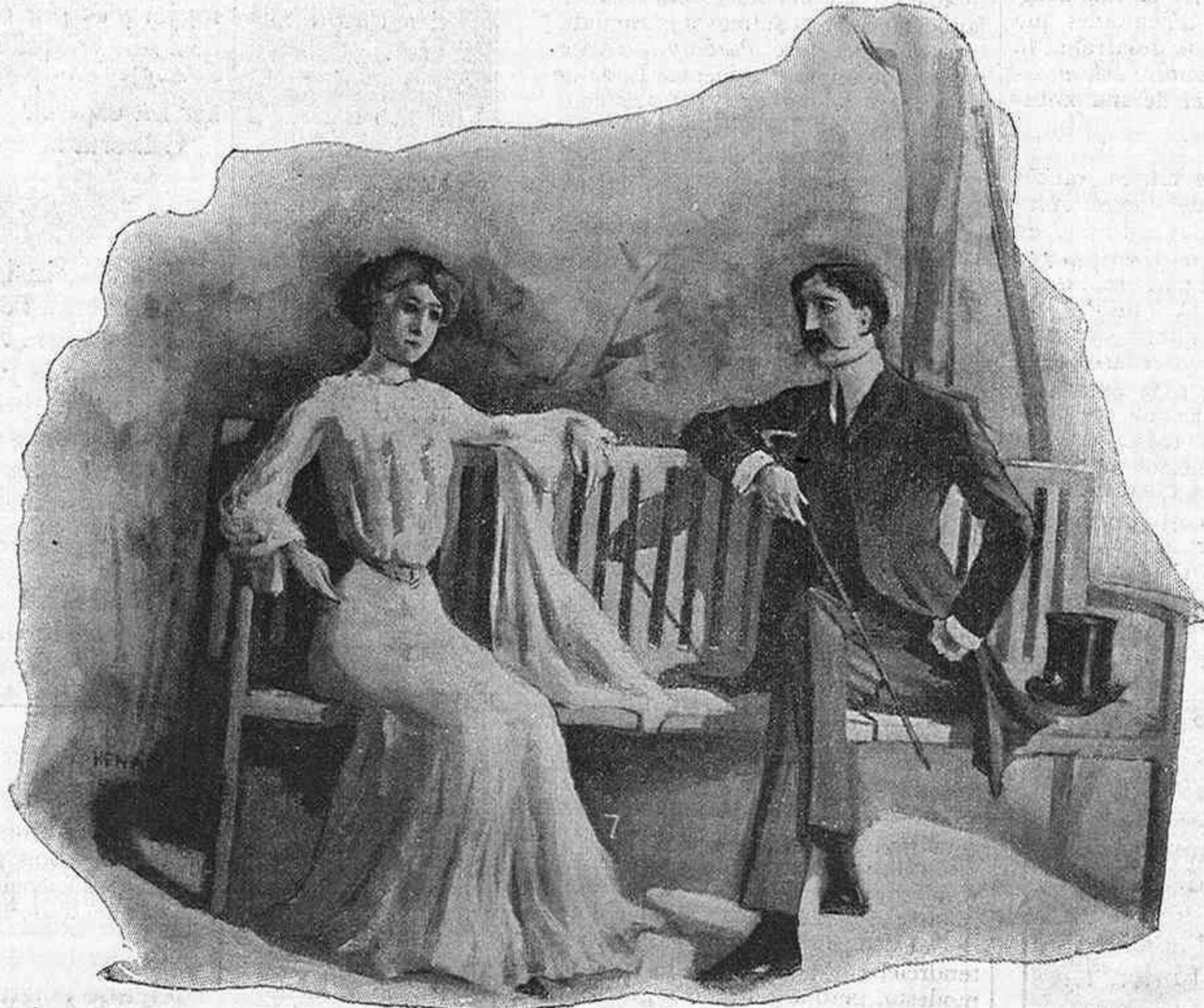
\*\*

Pedro bajó las gradas y salió de la estación de San Lázaro. Era la hora de la gran agitación matinal que produce la llegada de los trenes de las afueras. La escalera vomitaba una oleada no interrumpida de viajeros, casi todos empleados que iban á sus oficinas, y aquella muchedumbre que formaba como una mancha oscura se empujaba para tomar por asalto los ómnibus, que echaban á andar pesadamente, atravesando la compacta masa de los coches y de los peatones.

Pedro atravesó la plaza y entró en la calle del Havre.

—¡Rosas, las rosas más bonitas!, gritó á su lado una voz.

Y el poeta, al toparse con un carretoncito lleno de



... su dura mirada la intimidó y una turbación grande se apoderó de ella

verja, que se abrió rechinando, y por ella apareció la figura alta y esbelta de Pedro.

Brillaba aquel día un sol ardiente; á Flo parecióle que repentinamente quemaba como una hoguera y sintió como si sus rayos lamieran su falda y atravesando la tela quemaran su carne.

Con un ademán instintivo levantó la mano para proteger sus ojos deslumbrados, y queriendo disculpar su turbación exclamó:

—El sol...

Estaba la joven de pie delante de Pedro, con los párpados medio cerrados y revolviendo las rosas entre sus nerviosos dedos; su corazón latía con tanta fuerza que á simple vista se distinguían los agitados movimientos de su pecho.

—¿Está en casa su señora tía?, preguntó el poeta.

—No, pero me parece que no tardará en venir.

—La esperaré entonces; estamos aquí perfectamente.

Y ambos se sentaron en un banco.

Entre los que viven en un ambiente artístico, las jóvenes disfrutan de una libertad mucho mayor que la que gozan las educadas en la clase media; por esto Flo no podía ver nada incorrecto en aquella entrevista á solas con un joven. No era aquella la primera vez que tal cosa le sucedía, y sin embargo sentíase cohibida y se apartó para dejar entre ella y Pedro el mayor espacio posible.

Hubo un instante de silencio durante el cual Flo atrevióse á dirigir una mirada hacia el lado en donde estaba el poeta: el perfil de éste, tan puro, su tez aterciopelada y la gracia de su boca, eran los de un adolescente. Contemplándolo, se sintió atraída hacia él por una corriente de ternura, mas cuando Pedro volvió la cabeza, su dura mirada la intimidó y una turbación grande se apoderó de ella.

—¡Cuántas rosas tienen ustedes en este jardín!, dijo el poeta.

—¿Le gustan á usted las rosas?, preguntóle la joven.

—¡Las adoro! Las rosas se parecen á las mujeres: las blancas son vírgenes pálidas que no sentirán amor jamás; las de color de rosa son amantes tímidas que se sonrojan al recibir un beso, y las encarnadas son muchachas alegres y voluptuosas.

—¡Qué bonito es todo esto que dice usted!, murmuró Flo extasiada.

aquellas flores, recordó las rosas que cogía Floriana aquella hermosa tarde en que él había comprendido aquel amor silencioso; y al recordarlas, sintióse contento. Lleno de curiosidad miraba esas fisonomías que cruzan sus miradas misteriosas, pasan y desaparecen; y su juventud se divertía con aquel ruido, con aquel movimiento, con aquella libertad. Caminaba como ligeramente embriagado, como conducido por aquel oleaje, y parecía que podría andar indefinidamente.

París despertaba, reposado, en una frescura deliciosa; el sol, algo pálido todavía, iluminaba los objetos y el firmamento mostraba un tinte indeciso entre el azul y el lila.

Los viandantes, como si no tuviesen gran cosa que hacer, desplegaban sus diarios ó se entretenían comiendo un panecillo; por el contrario, los caballos de los simones trotaban con paso más rápido, y sus viejas patas, después del descanso de la noche, encontraban una apariencia de vigor. Todo parecía más alegre, más sincero; no se veían esos semblantes preocupados que se encuentran cuando termina el día; una ilusión flotaba en aquella mañana como en todo lo que empieza.

Pedro se sentía extraordinariamente dichoso. ¡Al fin, después de tantos años de mala estrella, la fortuna le sonreía! El destino, apiadándose de su miseria, ponía en su camino á una joven rica, así lo creía, que sólo deseaba casarse con él, de ello estaba seguro.

Con ojos expertos había observado los progresos de aquel joven amor que se adivinaba claramente en la timidez cada día mayor de Flo, en el fuego de su mirada, en aquel alargamiento de la cara que se observa en las personas dominadas por una idea fija, en la nerviosidad de sus ademanes, en el temblor de su mano cuando el poeta la estrechaba entre las suyas.

Y pensando en esto, Pedro se dijo para sus adentros: «¡Tienes mucha suerte!»

A este punto llegaba de su monólogo interior cuando un joven que venía en dirección contraria tropezó con él. Pedro reconoció en aquel transeunte á Santiago Lorier, un compañero á quien desde hacia mucho tiempo apenas veía.

Cogidos del brazo continuaron el camino juntos. —¿Qué es de tu vida?, preguntó Lorier. No se te ve en ninguna parte.

Pedro se turbó un poco al escuchar tal pregunta. —Mis ocupaciones..., respondió evasivamente.

Su compañero se echó á reír.

—¿Ocupaciones... amorosas?

—No, ocupaciones serias. Pienso casarme.

Lorier soltó el brazo de su amigo y parándose en seco exclamó estupefacto:

—¡Casarte! ¡Estás loco!

—Al contrario, estoy muy cuerdo.

—¿Deseas tener una familia?

—Deseo tener rentas.

—¡Ah, un matrimonio de conveniencia!

—Por supuesto.

—En este caso, te doy la enhorabuena. ¿Y quién es ella?

—Floriana Devés.

Lorier dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo dices que se llama?

—Floriana Devés.

—¡Desgraciado! ¡No cometes esta tontería!

—¡Una tontería! ¿Y por qué?

—Porque esa muchacha no tiene un céntimo.

—¿Cómo lo sabes?

Lorier hizo una pausa como para mejor gozar del efecto que pensaba producir con sus palabras y luego dijo lentamente:

—Lo sé..., porque la he pedido en matrimonio.

—Te chancas.

—Nada de esto. Frecuenté los salones de la señora Somange, en los que penetra todo el que quiere, y me dije: «Esa chica debe tener dinero.» Presenté mi candidatura, y ¡que si quieres!, la muchacha no tiene un cuarto. Su tía le pasará una pensión de tres mil francos, una miseria; toda su fortuna la quiere para sí.

—¿Y para qué la quiere?

—¡Toma! Para volver á casarse.

—¡Casarse otra vez! ¡Pero si ya no es joven!

—Razón de más para guardar su dinero. Quiere casarse con un joven.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he pedido su mano.

—¡También la suya!

—¡Caramba! Desde el momento en que la sobrina era un valor improductivo...

—¿Y te rechazó?

—Ya lo ves. No me encuentra bastante joven ni bastante guapo. En cambio, tú, que eres guapo y

que eres joven, tienes más probabilidades de éxito. Aprovéchate de estas circunstancias. Y ahora me separo de ti. ¡Hasta la vista, y buena suerte!

Lorier se alejó y Pedro se quedó un momento inmóvil, aturdimiento todavía por el golpe que había recibido. ¡Adiós, ensueño de casarse con Flo, con aquella deliciosa Flo, por quien había sentido vivísima simpatía, casi amor! Porque casarse con ella no teniendo más que tres mil francos de pensión era imposible. Si él solo sufría ya bastante con su miserable existencia, ¿qué sería cuando fuesen dos? Ciertamente Flo era guapa, cariñosa, apasionada, adorable; pero ¡bah!, ¿para qué sirve la razón? Era preciso no dejar escapar á la tía. La Sra. Somange, comparada con Flo, no tenía, en verdad, ningún atractivo; pero una gran fortuna bien puede hacer prescindir de las imperfecciones. ¿Le gustaba él? ¡Oh, de esto estaba más que seguro! Y una sonrisa de fatuidad asomó á sus labios al recordar las miradas de Gilberta.

Pedro, en materia de negocios, no era aficionado á perder el tiempo; así es que aquel mismo día fué á visitar á la Sra. Somange.

Precedido del criado subió la majestuosa escalera con baranda de hierro forjado, atravesó un vestíbulo amueblado como una sala del museo Cluny y penetró en el taller de Gilberta.

Allí estaba ésta muellemente tendida en un diván de forma imperio, envuelta en un peinador de pliegues flojos y fumando un cigarrillo.

—¡Cuánto le agradezco á usted la visita!, exclamó la Sra. Somange tendiéndole la mano. ¡Me aburre tanto estar sola!

Ofrecióle un cigarrillo, que Pedro fumó voluptuosamente, y luego llamando al criado le dijo:

—Traiga usted champagne, Kirsch, hielo en terrones, fresas, azúcar molido y naranjas.

Y respondiendo á una pregunta muda de Pedro, añadió:

—Voy á preparar una de esas bebidas..., ¡ya verá usted!

Al cabo de un momento reapareció el criado trayendo en una bandeja todos los ingredientes pedidos.

Entonces Gilberta púsose en movimiento, agitando, vertiendo, azucarando con silenciosa gravedad. No era graciosa; demasiado flaca, demasiado alta con aquel peinador que la hacía más alta todavía, semejándose á un ropaje flotante, sin cuerpo dentro. Sus ademanes, febrilmente movidos, tenían algo de los gestos del mono.

Perezosamente recostado en una blanda butaca, envuelto en las espirales de humo del cigarro más delicioso que en su vida había fumado, Pedro se sentía muy optimista, y miraba cómo las manos de Gilberta iban ligeramente de un lado á otro por encima de las copas. Aquellas manos eran huesudas, pero estaban llenas de sortijas, y el poeta no vio las manos y si únicamente las joyas, y quedóse extasiado.

—Pruebe usted esto, díjole Gilberta presentándole una copa de aquella bebida que acababa de preparar.

Pedro vació la copa de un sorbo.

—¡Exquisito!, exclamó con entusiasmo.

Gilberta la llenó por segunda vez.

—¡Es usted Hebe!, dijo el poeta.

Y después de haber apurado la tercera copa, murmuró:

—Es usted un ángel.

Pedro se puso á poetizar; Gilberta se mostró expansiva y tendiéndose nuevamente en el diván habló así:

—Tengo un alma muy compleja. Juzgándome superficialmente, creerá usted que soy una modernista, género americano; y sin embargo, en el fondo soy sentimental. Mi ensueño es el ensueño, ¡viejo, sí, muy viejo!, de todas las armas tiernas: un corazón y una cabaña. Tengo ya la cabaña...

—Que es un palacio, dijo Pedro rectificando el concepto.

—Un palacio, si usted quiere, pero más triste, por lo mismo que es palacio, porque no tengo el corazón.

—Será porque los rechaza usted, repuso Pedro fingiendo convencimiento de lo que decía; porque todos los corazones debieran pertenecerle.

—¿El de usted también?

Al decir esto parecía que hablaba en broma, pero su voz temblorosa revelaba su ansiedad.

—También el mío, contestó el poeta.

Gilberta quiso replicar, pero estaba realmente emocionada, tan emocionada, que tardó un instante en poder articular estas palabras:

—¿De modo que me ama usted?

Pedro miró las ricas telas, los muebles raros, las botellas de champagne, los cigarrillos exquisitos, y sin mirarla á ella respondió:

—Sí, la amo.

—¿Por toda la vida?

—Por toda la vida.

Después de un largo silencio preguntó Gilberta:

—¿Se casará usted conmigo?

Pedro, acordándose de *La novela de un joven pobre*, exclamó:

—¡Nunca!

El pálido rostro de Gilberta se encendió.

—¡Nunca! ¿Por qué?, preguntó á punto de desfallecer.

—Porque un hombre pobre no debe casarse con una mujer rica, contestó el poeta, recitando con entonación justa aquellas palabras.

La Sra. Somange acercóse á él, y cogiéndole las manos díjole con acento apasionado:

—Sí que puede..., cuando ese hombre ama á esa mujer y es por ella amado. ¡Pedro, no permita usted que sea yo quien pida su mano! ¡Hable usted!

—Gilberta, dijo entonces el poeta, ¿quiere usted ser mi esposa?

Gilberta se arrojó en sus brazos.

\* \*

Flo vió sin inquietarse las atenciones que su tía dispensaba á Pedro Sorel; porque desde el momento en que la Sra. Somange había alentado, al parecer, el amor de la joven, nada tenía de extraño que acogiera con afabilidad á su futuro sobrino. Sus largas conversaciones con él, parecían á Flo previsión propia de una madre prudente que quiere conocer á aquel á quien destina su hija; y convencida de esto, y llena de ingenua confianza, respetó sus frecuentes entrevistas.

Una deliciosa angustia hizo latir su corazón cuando un día le dijo Gilberta grave y misteriosamente:

—Pedro Sorel vendrá esta tarde á las tres, y entonces podrá darte una gran noticia.

Ni un momento dudó que Pedro iba á pedirla en matrimonio.

Desde las dos, Flo se puso en la ventana acechando la llegada del poeta.

Sentíase muy dichosa y algo sobreexcitada. Cada diez minutos pasaba por delante de la casa el tranvía que solía tomar Pedro..., ¿se detendría? No, el vehículo continuaba su camino de prisa, jadeante y haciendo sonar su trompeta. Reíase un poco la joven de estos detalles vulgares que en la vida se mezclan con los acontecimientos tristes ó deliciosos para atenuar la desesperación ó la embriaguez que los mismos producen. Pero en seguida su corazón volvía á latir con violencia. Otro tranvía... ¿Y si no viniese?... Flo experimentaba una inmensa decepción; mas de pronto invadióla una alegría loca, é inclinándose aún más fuera de la ventana, parecía como que todo su ser quisiera lanzarse hacia él, hacia él que bajaba del tranvía, llegaba á la puerta de la casa y llamaba.

Con un movimiento instintivo, pueril y encantador, de mujer que quiere agradecer al hombre á quien ama, miróse al espejo y vió reflejado en el cristal su semblante sonrosado, sus brillantes ojos, su imagen radiante de felicidad.

Llamaron á la puerta de la estancia en donde se encontraba Flo y ésta volvió la cabeza.

—La señora ruega á la señorita que pase al salón.

—Voy en seguida.

Y emocionada, alegre, sin esperar un minuto acudió al llamamiento de su tía.

El poeta estaba de pie, apoyado en la chimenea.

—Hija mía, dijo la Sra. Somange, tengo que anunciarte una gran noticia: me caso con Pedro.

Durante un segundo, tuvo Flo la sensación del silencio y de la obscuridad, sintiendo como una suspensión trágica de la vida; después, pasaron por su alma sentimientos de desesperación, de rebeldía, de furor. Tuvo ganas de sollozar, de gritar, de huir. Pero al fin respondió con su voz ordinaria:

—Me alegro mucho por usted, tía.

Aquel momento le pareció sobrehumano y punzante.

En el lindo salón, aquellas tres personas que cualquiera habría supuesto contentas y unidas hablaban alegremente.

Flo oyó como su propia voz pronunciaba frases triviales; y hablaba mucho, comprendiendo que el ruido mecánico de aquella voz la unía al mundo artificial y correcto, en el que no debe aparecer nada que sea profundo, nada que sea violento.

Todos hacían proyectos, trazaban para lo sucesivo la existencia de ella, aquella existencia que en el momento actual le parecía irremediabilmente terminada.

Y la escena duró mucho tiempo; media hora, una hora, más; y Flo deseaba que se prolongara, insensible en su esfuerzo por aparentar que nada sentía,

pero adivinando un atroz dolor para después, y este después le daba miedo.

Pedro se levantó y despidióse, Flo le miró para llenar sus ojos con la imagen que había amado. El poeta sonreía mostrando sus dientes blanquísimos entre dos labios encarnados, y en su mirada no había la menor expresión de cariño, ni de piedad; sólo expresaba la alegría triunfante.

Cerróse la puerta y ya no le vió más; y pensó: «No es él quien desaparece de mi vida, sino una ilusión que tenía su imagen.»

Quiso retirarse á su cuarto, pero alguien la detuvo: era Gilberta, muy exaltada, con una insaciable necesidad de hablar de él.

Toda la noche estuvo hablando de Pedro y hasta las doce no pudo Flo retirarse. «¡Al fin voy á poder llorar!» pensó.

Y se arrojó en la cama; pero, horriblemente fatigada de cuerpo y de espíritu, quedóse profundamente dormida.

A la mañana siguiente, Flo abrió los ojos con la impresión confusa de una gran desgracia ocurrida en su existencia. Se levantó y se quedó admirada de sentirse débil, aturrida, como si saliese de una enfermedad. Pero, animosa como era, dominó su voluntad y se dijo: «¡Es preciso no pensar más; es preciso ocuparme en algo, es necesario!»

Precisamente aquel día tenía que hacer varias diligencias, é inmediatamente después de almorzar, salió acompañada de la camarera.

Recorrió muchas calles, entró en muchas tiendas y escogió una porción de cosas. Sus sentidos percibían perfectamente el ir y venir de los transeúntes y el ruido incesante de los coches; pero en su alma seguía reinando el mismo gran silencio, el mismo vacío pesado. aquella suspensión de la vida que sintiera el día antes.

Sus ojos no distinguían fijamente los objetos; su pensamiento divagaba confuso y sus ademanes eran lentos. Caminaba entre la agitación de los demás completamente sola y como estupefacta.

Volvió á casa tan fatigada que no tuvo ánimos para subir la escalera y se dejó caer en una butaca del salón en ese estado de postración que sucede á las grandes sacudidas morales.

Abrióse la puerta y se oyó ruido de pasos. Alguien se acercó á ella y entonces se estremeció como si despertara sobresaltada, volvióse y vió á Enrique Somange.

—Buenos días, Flo; ¿está usted sola?, díjole éste. Y se detuvo sorprendido al contemplar su demudado semblante.

—¿Qué tiene usted?  
—Nada, respondió la joven intentando sonreírse. Mas de pronto su valor la abandonó y rompió á llorar.

Enrique no la había visto nunca derramar lágrimas; al contrario, siempre la veía alegre; así es que, adivinando que aquel gran dolor debía obedecer á una causa grave, le preguntó con insistencia:

—¿Qué tiene usted? Dígame qué es lo que tiene.  
—Mi tía..., balbució Floriana.

Enrique Somange adivinó la verdad; vió en aquel pesar el término de una deliciosa novela de amor, la amargura de una desilusión primera; pero, con gran delicadeza, aparentó no sospechar nada y dijo:

—Sí, ya comprendo, pobre Flo; su tía ya no será

para usted sola, pero á pesar de todo seguirá amándola á usted.

Pero la joven le interrumpió con una confesión repentina.



Somange la estrechó apasionadamente entre sus brazos

—¡Pedro no me ama! ¡Y yo..., yo que había creído!..

Las lágrimas ahogaron su voz; mas en seguida prosiguió presa de gran excitación, sintiendo la necesidad de hablar, de proclamar en voz alta su dolor:

—Sí, había creído... Ya habría usted notado cuánta era mi alegría... Creía que me amaba, y á mis ojos era un ser superior, bueno, cariñoso... ¡Le había considerado como un ideal tan alto!.. ¡Cuán loca y estúpida soy!

—No, Flo, no, repuso Somange con dulzura. Usted ha volado hacia la juventud y hacia la belleza, adornándolas con todas las cualidades que usted posee. ¡Era lógico!.. Tal vez va usted á encontrar crueles mis palabras, pero hay en la vida decepciones necesarias. El sufrimiento ennoblece y hace más compasivo: el que no ha sufrido compadece á los demás con la inteligencia; para compadecerlos con el corazón es preciso haber sufrido también.

Floriana le miró y vió en sus ojos una infinita bondad. ¡Qué diferencia entre aquella y la dura mirada de Pedro Sorel!

—¡Ah!, exclamó la joven con una mezcla de resentimiento y de pesar. ¡Cuán engañada he vivido! Mire usted; un día estaba yo cogiendo flores en el jardín; vino él..., hablamos, y en aquel momento estaba bien convencida de que me amaba.

—Y la amaba á usted.  
—¿Pues por qué se casa con mi tía?  
—Porque ha reflexionado... La razón, el cálculo,

el egoísmo... Pero tenga usted la seguridad de que ha tenido minutos de amor sincero. Hay en la vida minutos de amor, minutos de arrojamiento, minutos de abnegación, y á causa de estos minutos parecen las demás horas tan largas y tan tristes.

—¡Oh, sí! ¡Largas y tristes!, repitió Floriana.

Después de la crisis de desesperación, Flo volvía á ser la niña que siempre había sido, débil, sintiendo una necesidad inmensa de cariño y de protección.

—¿Qué haré ahora?, murmuró entre gemidos. No quiero quedarme al lado de mi tía, pero ¿adónde iré? ¡Aconséjeme usted! ¡Usted es bueno, Enrique; usted es la única persona que me quiere!

Por vez primera le había llamado por su nombre. Entonces Somange perdió la cabeza y sintió un deseo loco de cubrir de besos aquel lindo rostro desolado.

—Sólo un consejo debo dar á usted, dijo con voz temblorosa; y haría usted mal en seguirlo... A la edad de usted se tiene otro ideal de vida y otro porvenir que casarse con un hombre sin ilusiones y sin alegría... como yo.

Flo no hizo ni un ademán, ni de sus labios salió ninguna exclamación.

Ante aquella declaración que la cogía enteramente desprevenida, quedóse como petrificada. Siempre había sentido por Enrique un afecto profundo; pero jamás había pensado en ser su esposa.

Somange interpretó aquel silencio como una negativa.

—Esta petición no es nada seductora para usted, lo comprendo; porque equivale á decir demasiado pronto adiós á los ensueños. Si se casase usted conmigo, sin duda encontraría más tarde un ser joven y encantador y le amaría usted. El orden natural de las cosas así lo quiere. Vale más, por consiguiente, que desechemos tal idea.

Floriana vió entonces el rostro de Enrique profundamente alterado, con los ojos tristes y la boca amargamente contraída; vió toda la desesperación de los pasados días, borrada durante un momento por una nueva esperanza, reaparecer más completa, definitiva, y se sintió inundada de piedad, piedad de su corazón ardiente, de sus tiernos labios, de todo su ser; piedad sublime de la mujer, piedad apasionada que es casi amor, y sin decir una palabra, con un gesto impulsivo le tendió la mano.

Enrique palideció; después brilló en su rostro tanta alegría, que la joven se sintió hondamente emocionada.

Permanecieron silenciosos uno al lado de otro. Por la ventana penetraba en el salón toda la frescura de la tarde y el jardín se ostentaba de color de rosa como aquel día en que Flo había creído realmente que Pedro la amaba.

En aquel momento experimentaba una emoción distinta, algo más grave, pero también más profunda. El amor le pareció, no el capricho de un instante, sino un sentimiento vigoroso, duradero, formado con tesoros de bondad, de piedad y de abnegación.

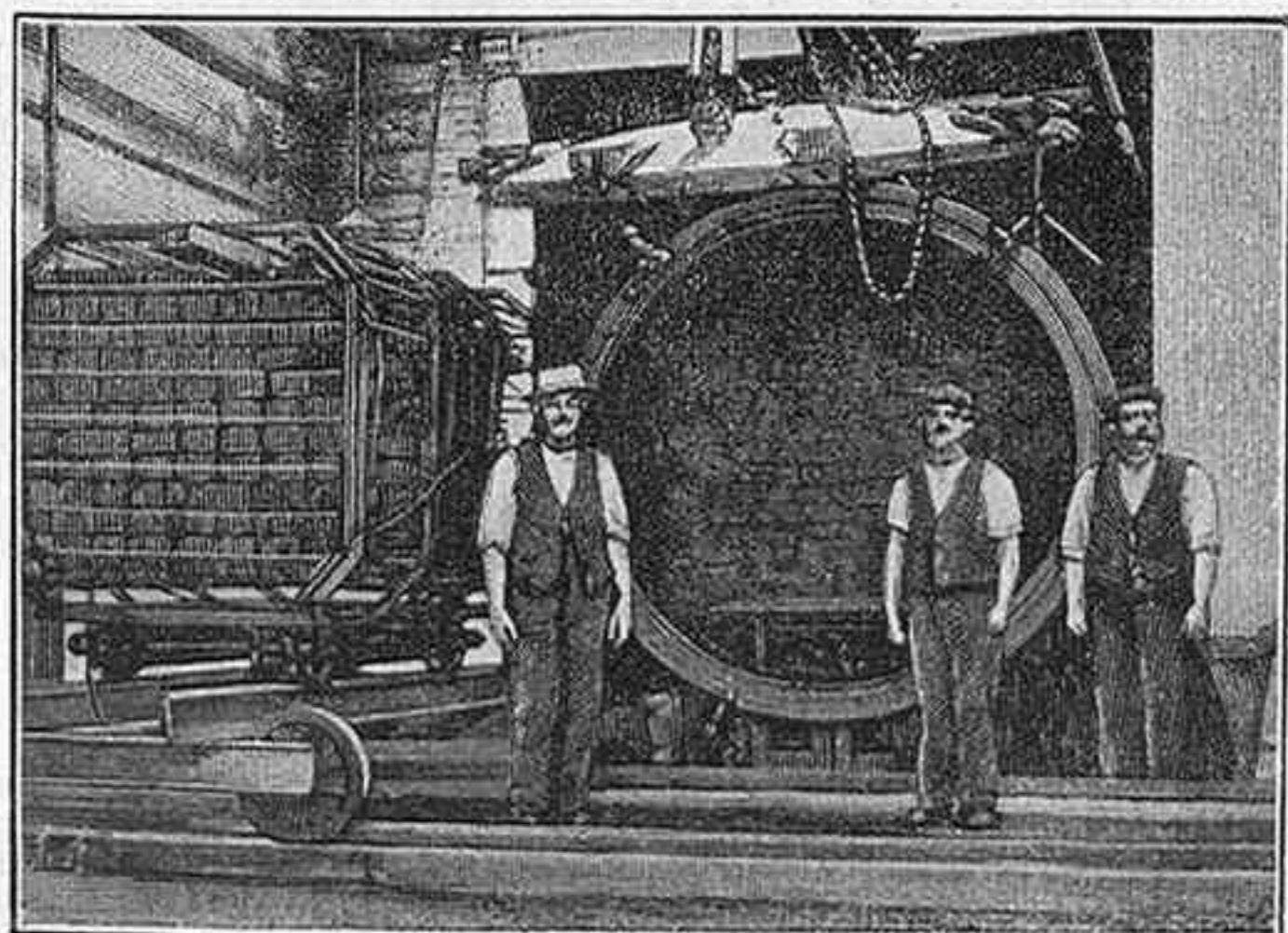
—Enrique, dijo al fin, me había equivocado, pero esta vez estoy segura de haber encontrado la verdadera dicha.

Somange la estrechó apasionadamente entre sus brazos.

PROCEDIMIENTO RÁPIDO

PARA SECAR LAS MADERAS

Muchos procedimientos se han inventado, con más ó menos éxito, para secar rápidamente las ma-



Aparato para secar la madera por la sacarina

deras, ya que si esta desecación se confía únicamente á la influencia del aire y del tiempo, se efectúa muy lentamente, y el capital enorme representado por las existencias sometidas al «seasoning» según la pintoresca palabra inglesa, permanece inmovilizado durante meses y meses.

Pues bien: actualmente se habla mucho en Inglaterra de un procedimiento Powell que, al parecer, permite en pocos días secar madera recién cortada, dándole aún mayor resistencia, aumentando la duración de su conservación y su homogeneidad y disminuyendo, por consiguiente, su porosidad. Este procedimiento se basa en el empleo de la sacarina. Las piezas de madera son colocadas en vagonetas de tal modo que la solución de sacarina en que se las sumergirá pueda llegar libremente á cada pieza, y cuando la vagoneta está convenientemente cargada es conducida hasta quedar debajo de un conductor aéreo que la levanta é introduce en el cilindro horizontal en donde se realiza la principal operación. Este cilindro tiene nueve metros de longitud por 1'97 de diámetro y está provisto en su parte inferior de

rieles sobre los cuales la vagoneta se desliza. Una vez introducida en él la madera, se cierra herméticamente la puerta. Toda la pared interior del cilindro tiene unos tubos por los cuales puede hacerse circular el vapor para calentar la solución y que también sirven luego para enfriar esta solución por medio de la circulación de agua fría.

Se llena el cilindro con una solución acuosa de sacarina que se hace hervir, con lo cual se expulsa el aire contenido en los poros y se coagula la albúmina de la savia; después se enfría y se deja que la madera se impregne durante algún tiempo. Entonces se evacua la solución de sacarina por medio de bombas centrífugas, se abre el cilindro, se saca la vagoneta con su carga y se introduce todo en una cámara de desecación, adonde varios ventiladores llevan aire calentado por un horno especial: la temperatura ha de ser muy alta. Finalmente se deja enfriar la cámara y se saca la madera, que puede entonces ser perfectamente trabajada, según se afirma, aunque estuviera verde cuando se la sometió al tratamiento.—P. DE M.

## En donde se oculta la muerte

ALIMENTOS QUE CONSTITUYEN UN PELIGRO PARA LA EXISTENCIA HUMANA, POR LEWIS PERRY

FOTOGRAFÍAS DE J. GODFREY ANCELL

Para aquellos que comen únicamente para vivir y que dan oídos a los consejos de los amigos en la cuestión de alimentación, ha de ser asunto muy difícil de resolver la elección de alimentos que no perjudiquen su salud.

Los progresos que ha hecho la temible enfermedad



Al café hay que mirarlo con respeto porque es causa de enfermedades del corazón

del cáncer, que cada año arrebatara miles de víctimas, miles que también cada año aumentan, son un misterio que han tratado de descifrar, con poco éxito hasta ahora, inteligencias muy privilegiadas.

Hay una parte de la profesión médica dispuesta a condenar cierta clase de alimentos que, en su opinión, son responsables del aumento y propagación de tan terrible azote.

Por ejemplo, no hace mucho que la carne de cerdo, de cualquier modo que se la cocinara, era denunciada como causa probable del cáncer en el organis-

mos, y durante ese mismo tiempo se ha notado un gran aumento en la venta y consumo, en la Gran Bretaña, de los tomates, gracias al sistema cada vez más extendido de traerlos en neveras.

¿Habrá una relación entre esos dos hechos? El que el pueblo comiera tomates crudos, ¿podría traer consigo tan terribles consecuencias? Así, pues, cogió la ciencia al tomate, lo volvió, por decirlo así, de dentro a fuera, lo analizó cuidadosamente y nada dijo en definitiva, pero sí lo bastante para que la gente comprendiera que, por regla general, cuantos menos tomates comiera mejor.

Muchos son los médicos que hace años han puesto fuera de la ley a la tetera y a la cafetera, manifestando que esos brebajes son la causa de las enfermedades del corazón.

Los charlatanes que anuncian extraños específicos para la cura de las afecciones del corazón, tienen buen cuidado en sus prospectos de hacer hincapié sobre esa opinión. Dicen que a nuestros abuelos les daba el corazón poco que hacer. ¿Por qué? Porque en aquellos felices tiempos no se bebía ni te ni café.

Si hemos de dar crédito a esos traficantes en noticias sensacionales, para tener un corazón sano y que lata con regularidad hemos de prescindir por las mañanas de la confortante taza de te ó café. Si así no lo hacemos, es casi seguro que nuestros corazones darán más saltos y rebotes en el pecho que una pelota en el frontón.

Hay hombres y mujeres tan valientes, que a pesar de los muchos casos que se cuentan de envenenamientos ocasionados por comer conservas en latas, continúan tan tranquilos, siempre que se les presenta ocasión, participando de carnes y pescados conservados en ellas.

No es únicamente dentro de la lata de pescado donde se esconde la muerte, esperando envenenar a alguna víctima demasiado confiada. Hace poco el pastel de cerdo ha cobrado fama de ser creador de gérmenes capaces de matar al más pintado.

También se ha advertido al público de lo expuesto que es tomar, en sus varias formas, chocolate barato. Esa al parecer inofensiva golosina puede ser causa, si es que ya no lo ha sido, de la muerte de centenares de personas.

Pero mientras el pescado en lata, los pasteles de carne de cerdo y el chocolate barato matan a centenares, asesinan a millones, según afirman los de la facultad, las exquisitas ostras, por cuyo medio se introduce en

el organismo humano el mortífero microbio del tifus. Periódicamente se reproduce el espantajo de las ostras.

Muere una persona de fiebre tifoidea. Se averigua que poco antes de caer enferma comió unas ostras. Llega a oídos de un celoso periodista, y no es culpa suya si el horror que trata de inspirar sólo dura ocho ó nueve

días, y durante ese mismo tiempo se ha notado un gran aumento en la venta y consumo, en la Gran Bretaña, de los tomates, gracias al sistema cada vez más extendido de traerlos en neveras.

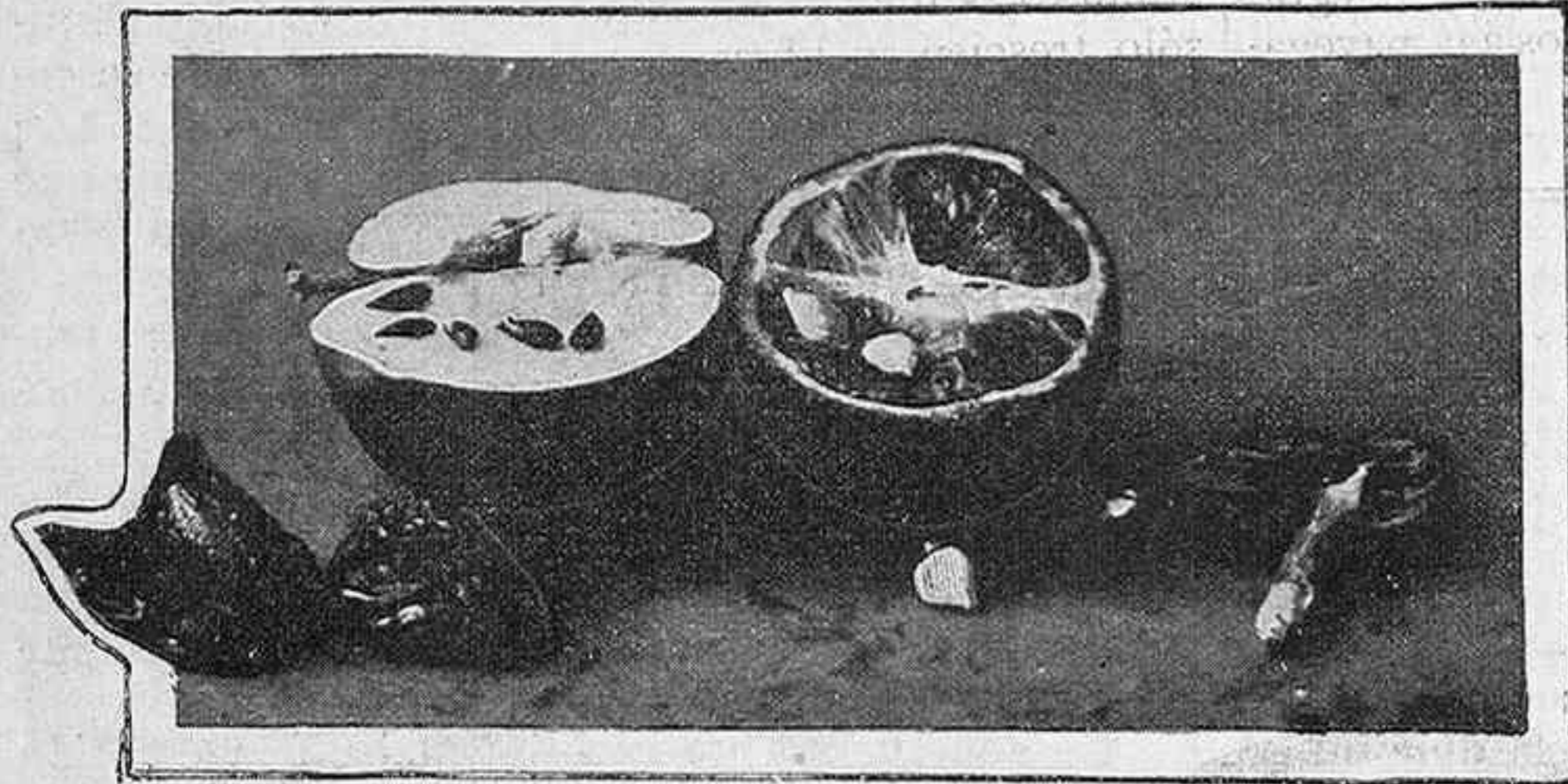
Mucho cuidado también con las legumbres de los restaurants, sobre todo con las coles, pues se dice



Los pasteles de carne de cerdo y las carnes y pescados conservados en latas suelen con frecuencia producir envenenamientos.

que los microbios del tifus les tienen gran afición si ha pasado algún tiempo después de cocinadas.

¿Será tan sólo una coincidencia el que tantos ingleses hayan enfermado de apendicitis desde que su



Las nueces, los dátiles, las naranjas y las manzanas son, al decir de los doctores, una amenaza constante para los que las comen

mo humano. Las razones que, sin embargo, se daban no eran más convincentes que otras muchas que para otras enfermedades se han dado, y quedaban reducidas á decir que entre los que, por motivos religiosos ó de otra índole, se abstendían de comer carne de puerco, es el cáncer casi desconocido.

Dícese también que el uso excesivo de la sal por las personas de ambos sexos es una costumbre que los hombres de ciencia suponen tiene conexión con la propagación del cáncer. Se ha hecho la observación de que durante muchos años ha ido gradualmente aumentando su empleo en la cocina moderna y que raro es el plato que se ve exento de ella.

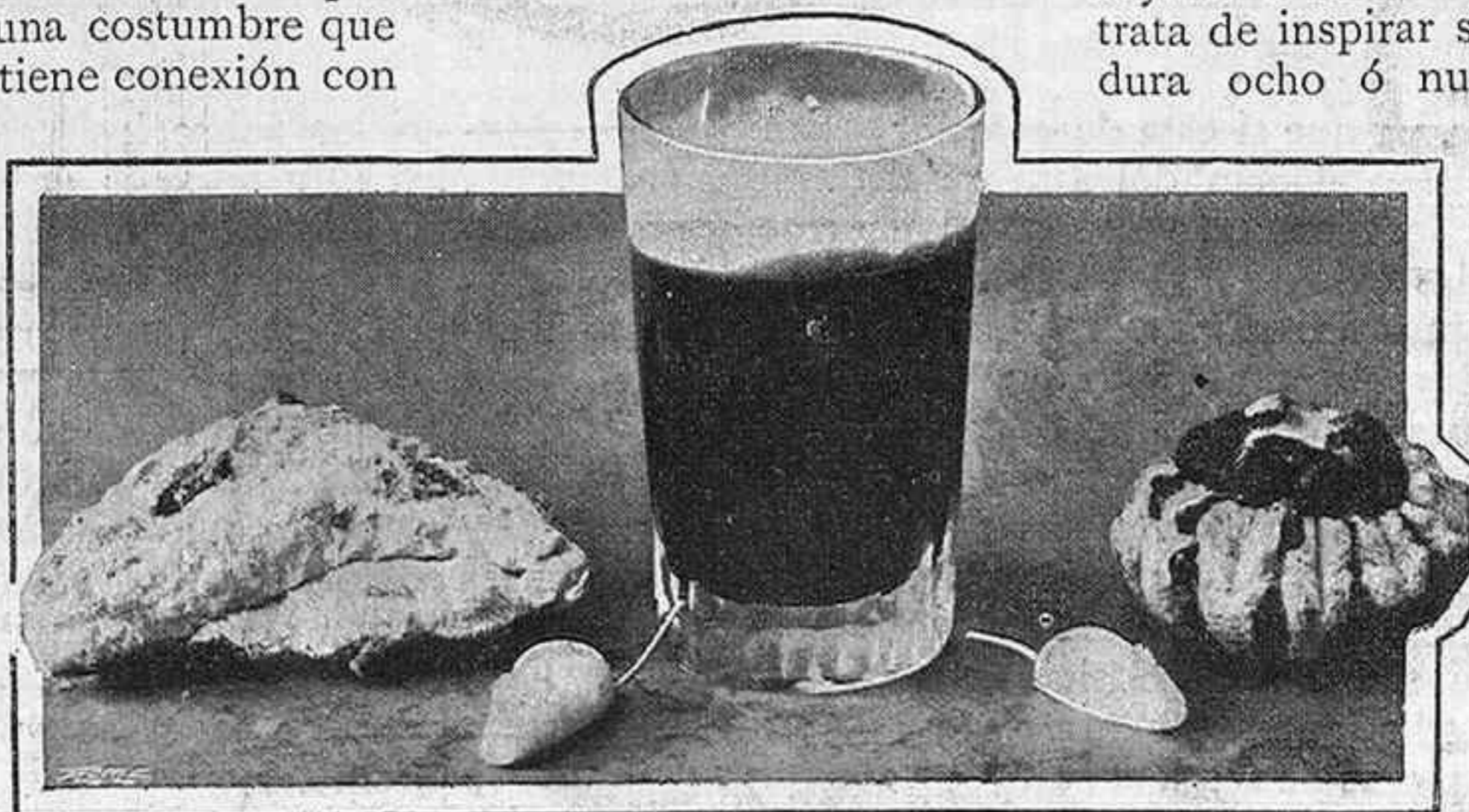
Otra cosa que se ha tenido por digna de tenerse en cuenta es que muchos enfermos de cáncer son en extremo aficionados á la sal; la mayor parte de ellos la emplean con exceso con la carne, patatas y huevos.

Por esa razón la ciencia tiene fija la vista en el salero.

Por motivos análogos los tomates llamaron la atención de los sabios hará cosa de dos años.

¿Por qué?

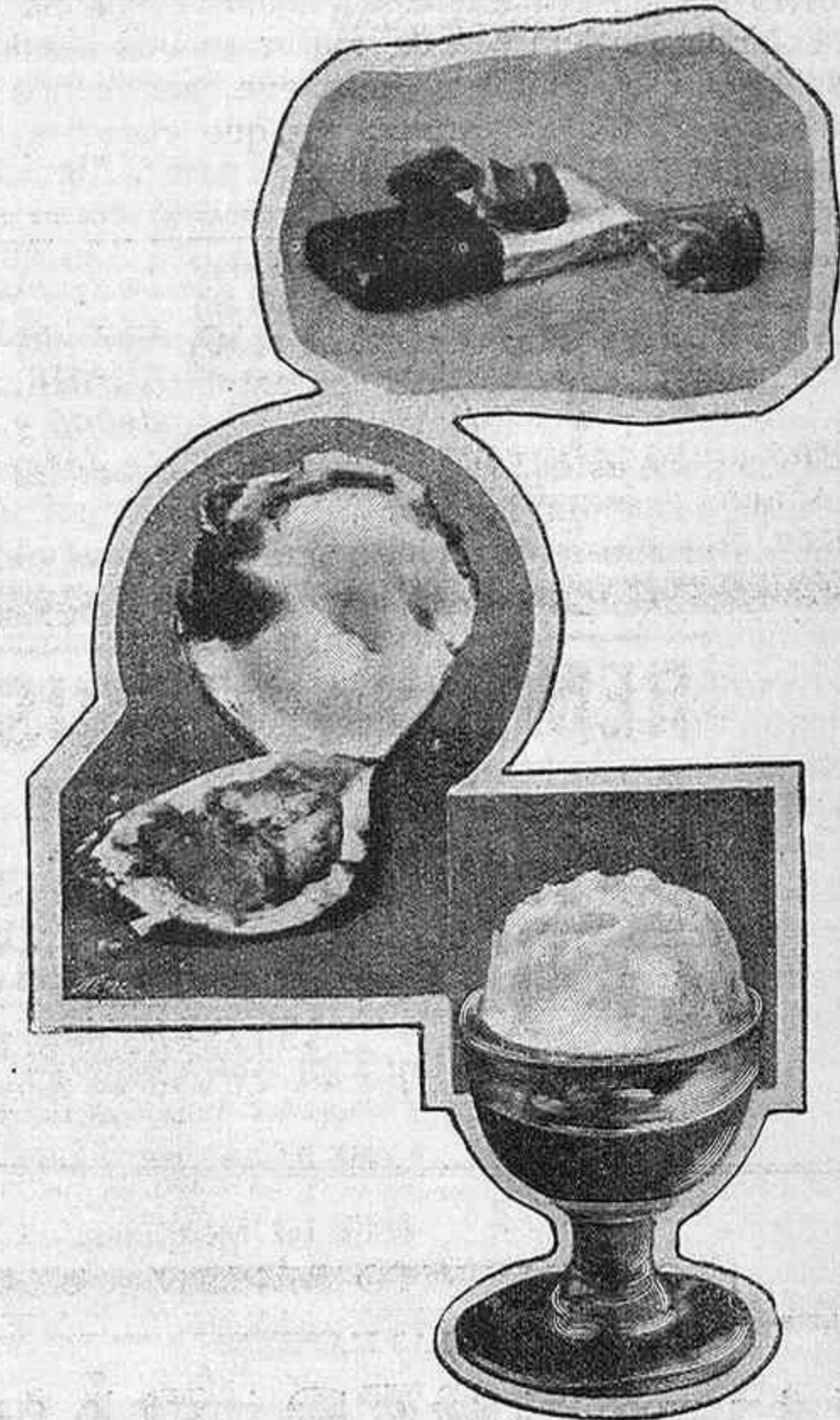
Pues porque el cáncer se ha ido extendiendo de una manera alarmante en estos últimos diez ó doce



Los pasteles, los dulces y la cerveza es muy probable que contengan arsénico

días; al cabo de ese tiempo vuelve la ostra á ocupar su puesto en las mejores mesas. Todos los horrores del tifus no harán que los epicúreos dejen de tomar su docena diariamente.

Pocas son las personas que cuando hace calor y se



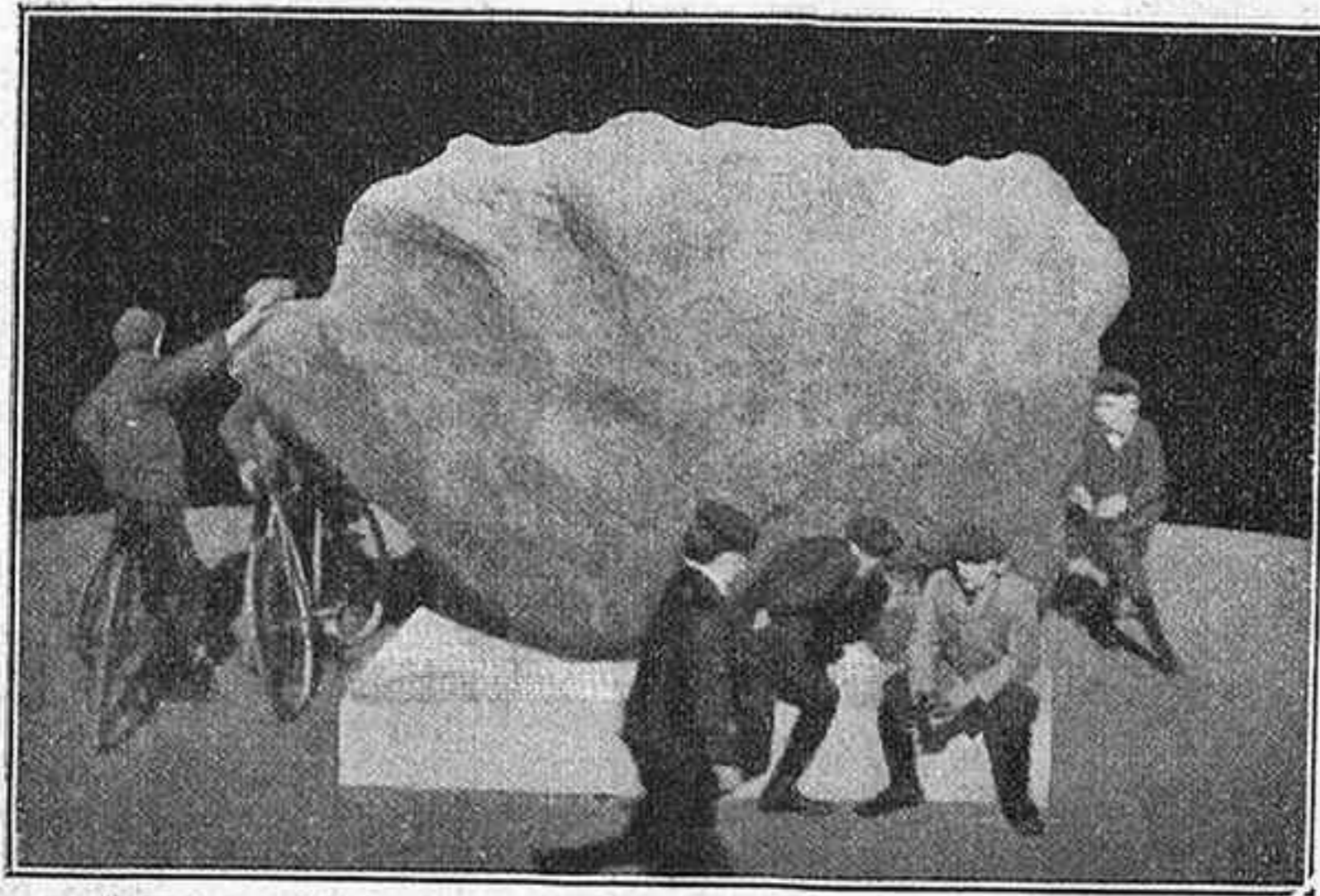
El chocolate puede ser peligroso: no toméis más que el producido por fabricantes honrados. - A las ostras se las acusa con frecuencia de contener el microbio del tifus; y sin embargo, el público se las come. - Los sorbetes compiten con las ostras en lo de contener el microbio del tifus; pero les pasa también lo que á las ostras, que la gente no les tiene miedo.

amado monarca padeció dicha enfermedad? De todos modos, parece que es ya tiempo de desterrar de las mesas de familia todas las frutas de pepitas y huesos, á fin de impedir que involuntariamente se traguen las pepitas de manzana, los huesos de ciruelas y tantos otros desperdicios que pueden ser causa de la dolorosa enfermedad á que tantos están propensos.

Los que no quieran envenenarse con arsénico, harán bien en abstenerse de beber cerveza, porque en algunas casas los fabricantes no son muy escrupulosos en la elección de los ingredientes que emplean.

UN AEROLITO DE 37.000 KILOGRAMOS

En el Museo de Historia Natural de Nueva York se ha instalado recientemente el aerolito que adjunto reproducimos y que trajo de su expedición al Polo Norte la misión Peary. Es un bloque formidable de



Un aerolito de 37.000 kilogramos de peso

37.000 kilogramos de peso, de 3'35 metros de ancho por dos de alto, y puede considerarse, por consiguiente, como uno de los ejemplares más notables que se conocen.

En efecto, los aerolitos de mayor tamaño hasta el presente descubiertos son: el de Bacubirito (México) que pesa 50.000 kilogramos; el de Anighito (Groenlandia), 50.000; el de Chupaderos (México), 15.700; el de San Gregorio (México), 11.500; y el de Bendego (Brasil), 5.300.

LA PREVISION DEL TIEMPO

Y LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

Inglaterra determina sus previsiones meteorológicas para el uso de la población según los datos que le proporcionan las estaciones costaneras.

El mal tiempo llega principalmente por el Oeste; por consiguiente, importa tener en cuenta lo que pasa en la región occidental. De aquí que en general Europa esté al corriente del tiempo que hace en los Estados Unidos, de las depresiones que, naciendo

en el Atlántico vienen á morir al viejo continente. Pero fácil es comprender que las observaciones hechas en las costas son á muy corto plazo, y como la traslación de las depresiones es generalmente rápida, el público no puede estar advertido con la debida anticipación, sucediendo casi siempre que la depre-

sión llega al mismo tiempo que el aviso de la oficina meteorológica.

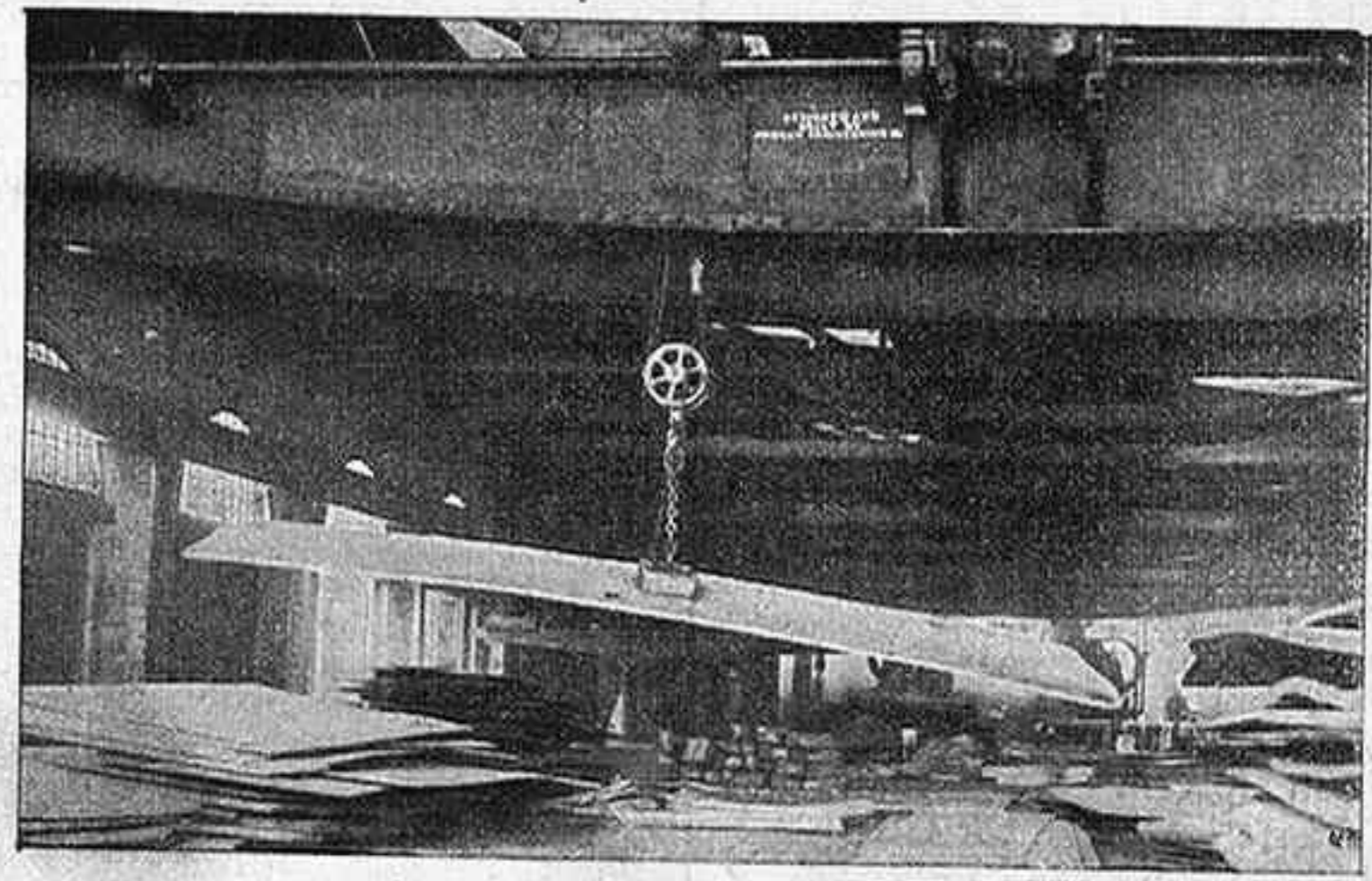
El gran interés de las previsiones meteorológicas estriba en que sean verdaderas previsiones, es decir, en que se anticipen todo lo posible al acontecimiento. Esto explica la proposición recientemente hecha en Inglaterra y que pronto será puesta en práctica de organizar un servicio de observaciones al que colaboren los marinos en alta mar. Gracias á la telegrafía sin hilos, los transatlánticos podrán sin gran trabajo, así que se encuentren á cierta distancia de tierra, enviar noticias relativas al tiempo que tienen en el mar, y de esto modo las estaciones costaneras estarán, por decirlo así, prolongadas, lo que permitirá tener las previsiones más pronto y facilitarlas al público con una anticipación que las hace mucho más útiles.

Sería muy conveniente que esta práctica se generalizase. Con la telegrafía sin hilos pueden enviarse mensajes á larga distancia, y no sería difícil, dado el gran número de buques que cruzan el Atlántico, recibir todos los días del centro de éste varios telegramas que prestarían los mayores servicios á la navegación y á la meteorología.—X.

NUEVO PROCEDIMIENTO

PARA LEVANTAR PLANCHAS DE ACERO

¿Quién no ha poseído alguna vez un imán? Ese pequeño trozo de acero, en forma de herradura, al



Nuevo procedimiento para levantar grandes planchas de acero

que se adhieren como por magia las barbas de plumas y alfileres, ha sido siempre un juguete tenido en grande estima por los niños.

Se comprende fácilmente que es cosa muy distinta levantar, por ese procedimiento, grandes planchas de acero; sin embargo, á ese objeto se ha aplicado el imán actualmente.

Los imanes gigantescos que se emplean son de forma rectangular y presentan una superficie plana á las planchas que han de suspender. El imán está suspendido por cadenas. Cuando de él se quiere hacer uso, se le baja hasta que toca el acero que ha de levantar, que queda en el acto adherido á él. No hay necesidad de sujetarlo, como en el procedimiento antiguo. Esto solo representa una importante economía de tiempo y trabajo.

Además, y esto es todavía de mayor importancia, el imán puede levantar planchas de acero candentes, cosa que hasta ahora se había considerado poco menos que imposible. La potencia elevadora de esos admirables imanes es extraordinaria. Uno que pesa sólo trescientas libras, es capaz de sostener cuatro toneladas y media.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar



SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES de la PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES etc

B<sup>e</sup> St-Denis, 16

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS DRES

JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ie</sup> G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

**MANUAL PRÁCTICO DEL MONTADOR ELECTRICISTA**, por *J. Laffargue*. — El inteligente editor Gustavo Gili ha publicado esta obra utilísima, cuidadosamente vertida de la original francesa por Moisés Naunti. Premiada por el gobierno de la vecina nación, considérase como la más completa de cuantas se han editado, constituyendo una guía para el montaje de toda clase de instalaciones eléctricas, y á no dudar representa un curso de electricidad industrial práctica. Forma un volumen de 970 páginas en 4.º, ilustrado con 690 grabados, pulcramente impreso y encuadernado en piel flexible, vendiéndose al precio de 12 pesetas cada ejemplar.

**ESPUMES**, por *Joseph E. Soler*. — Así se titula el libro que con notoria oportunidad acaba de publicar el inteligente editor Gustavo Gili. El fin que ha perseguido su autor es laudable y digno de aplauso. En forma tan agradable como concisa, expone en la colección de poesías catalanas que encierra el volumen los vicios y defectos que caracterizan la época en que vivimos, flagelándonos con verdadero espíritu ático, sin incurrir en el defecto de una tendencia exclusivista. Avaloran el libro varias caricaturas del dibujante Cayetano Cornet y véndese en todas las librerías al precio de una peseta.

**BIOGRAFÍA DE EMILIO OCON Y RIVAS**, por *Antonio Díaz Bresca*. — Recientemente se ha publicado en Málaga, formando un elegante folleto, la biografía del que fué artista distinguido Emilio Ocon. Vivo está su recuerdo y en la memoria de muchos el de sus principales producciones, que justamente llamaron la atención de los inteligentes. El Sr. Díaz Bresca ha llenado cumplidamente y en forma galana la honrosa misión de dar á conocer al artista, y honrándole y enaltecéndole. Completan el trabajo á que nos referimos el catálogo de las obras que figuraron en la exposición organizada en el Círculo Mercantil de Málaga durante el mes de septiembre último.

**LOS DOGMAS DEL CREDO**, por *Monseñor Brugand, obispo de Laval*. — En este libro, que elegantemente impreso acaba de publicar el editor D. Juan Gili, vense armónicamente enlazadas la Ciencia y la Teología, la Filosofía y la Historia, el Arte y la Eloquencia. El estudio del Credo en las Ca-



La célebre estatua de Rodin *El Pensador*, que ha sido recientemente colocada delante del Panteón, en París. En primer término, el famoso escultor, autor de la estatua, con sus amigos (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

tacumbas, que figura al comienzo de la obra, es un verdadero modelo de erudición y un dechado de ternura, mereciendo análogos elogios la exposición de los Dogmas Capitales del Símbolo de la fe. Bien merece recomendarse á las personas piadosas, demostrando su indiscutible valía el éxito que ha obtenido en la vecina nación. El libro que recomendamos ha sido traducido con notable inteligencia por el Dr. D. Emilio Villegas, forma un volumen de 456 páginas y véndese cada ejemplar encuadernado al precio de 6 pesetas.

**CARTAS DE MUJERES**, por *Jacinto Benavente*. — Los editores Sres. Toledano, López y C.ª acaban de publicar la quinta edición del justamente celebrado libro de tan castizo escritor. Quien conozca las obras de Benavente no ha de sorprenderle que en la á que nos referimos, como en las demás publicadas, demuestra su condición de excelente estilista, de castizo escritor y de concienzudo observador. De ahí, pues, que en la colección de cartas que constituyen el libro haya mucho que aprender y por lo tanto mucho que aplaudir. Véndese en todas las librerías al precio de 3.50 pesetas. La propia casa ha publicado una edición de *La perfecta casada*, de Fray Luis de León.

**UN NEGOCIO ESCANDALOSO EN TIEMPOS DE FERNANDO VII**, por *Manuel de Saralegui y Medina*. — Penosa impresión produce la lectura del libro cuyo título encabeza estos renglones, no porque cause sorpresa, sino por la evidencia de la realidad. En él se relata un hecho reprobable y se acopian datos y antecedentes para afirmar los asertos que contiene. El Sr. Saralegui ha prestado un servicio que han de agradecerle cuantos se dediquen al estudio de un período tan afrentoso para nuestra patria. Véndese el libro al precio de 2.50 pesetas.

**INTIMIDADES DE UN MÉDICO**, por *Antonio Franquesa y Sevilla*. — Acopio de impresiones, atinadamente expuestas, con plausible sencillez, es lo que constituye el interesante libro á que nos referimos. En todos y cada uno de sus capítulos adivínase el temperamento, el modo de ser del autor, que ha tratado de exponer lo que pudiéramos denominar sus intimidades, puesto que no otra cosa es la revelación de las impresiones que en su camino han producido sucesos y hechos observados y sentidos en el transcurso de su carrera profesional. Completa el libro un bien escrito juicio crítico del Dr. Rodríguez Méndez, formando el todo un volumen de más de 200 páginas, pulcramente impreso en la tipografía de Pedro Vilá, de Mataró.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**VINO AROUD** (Carno-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN